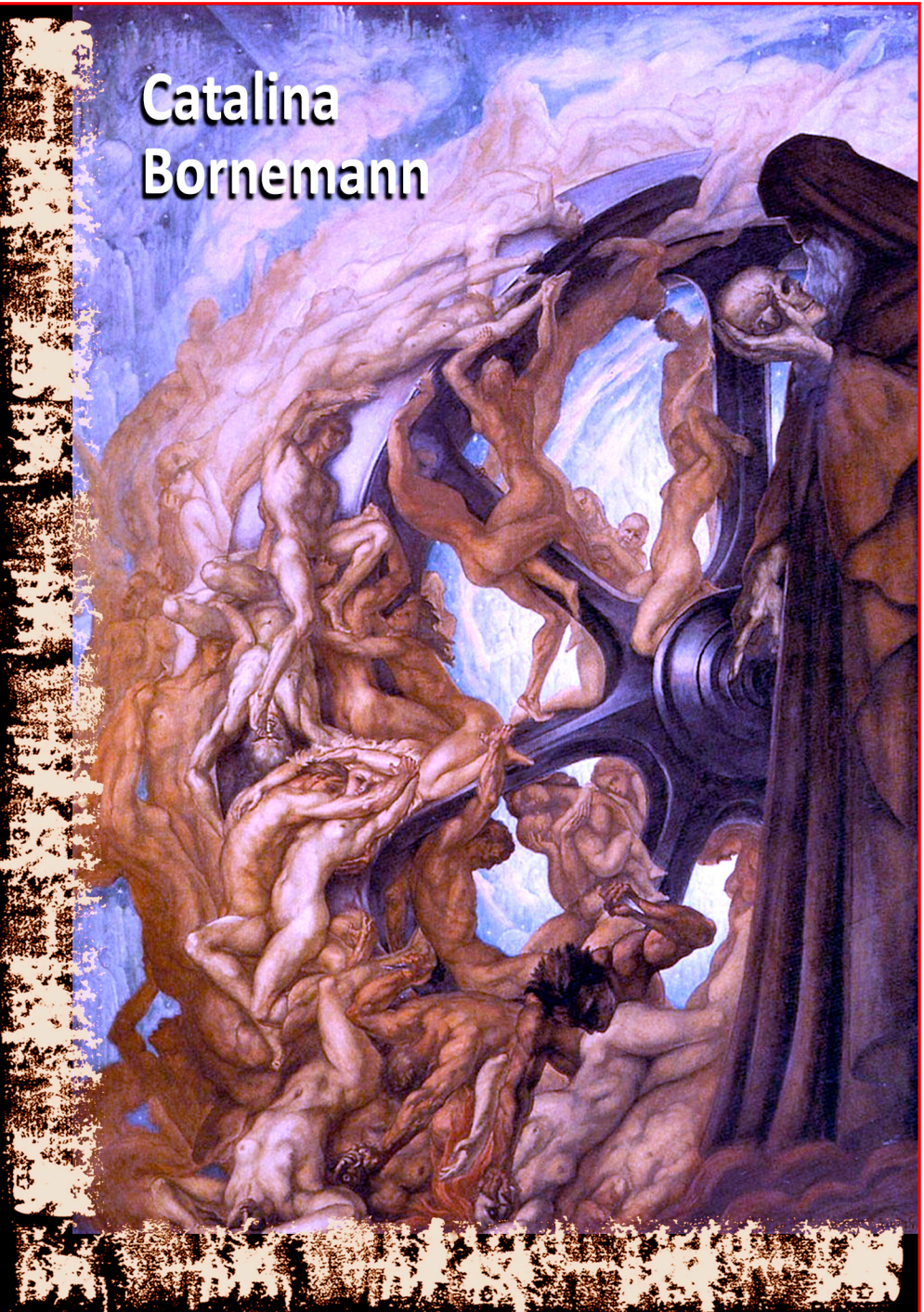


Catalina
Bornemann



VAMPIROS EN LEJANA

Esta novela nació de la amable invitación de mi amigo Paco (Francisco Domínguez), para visitar Lejana. Después de publicar sus “Crónicas de Lejana” nos propuso, a los amigos de cañas, hacer una obra colectiva que debería recoger una serie de relatos cortos. Así surgieron los dos primeros capítulos de esta narración. Luego, como nadie más se animó a escribir y a mí, me iban seduciendo algunos de los personajes, continúe contando sus historias.

Tengo que agradecer a mis amigas María Luisa, Teresa, Amanda, Clara, Daniel... y a todos los que con santísima paciencia leyeron los primeros capítulos y me animaron a seguir. A todos ellos muchas gracias.

Catalina Bornemann

VAMPIROS EN LEJANA



Creative Commons

Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada

CC BY-NC-ND

Publica: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

I. PREPARATIVOS PARA UN VIAJE

II. SALIDA DE DESOLACIÓN

III. LLEGADA A WELLINGTON ISLAND

IV. ROSA

V. MÁS QUE MELLIZOS

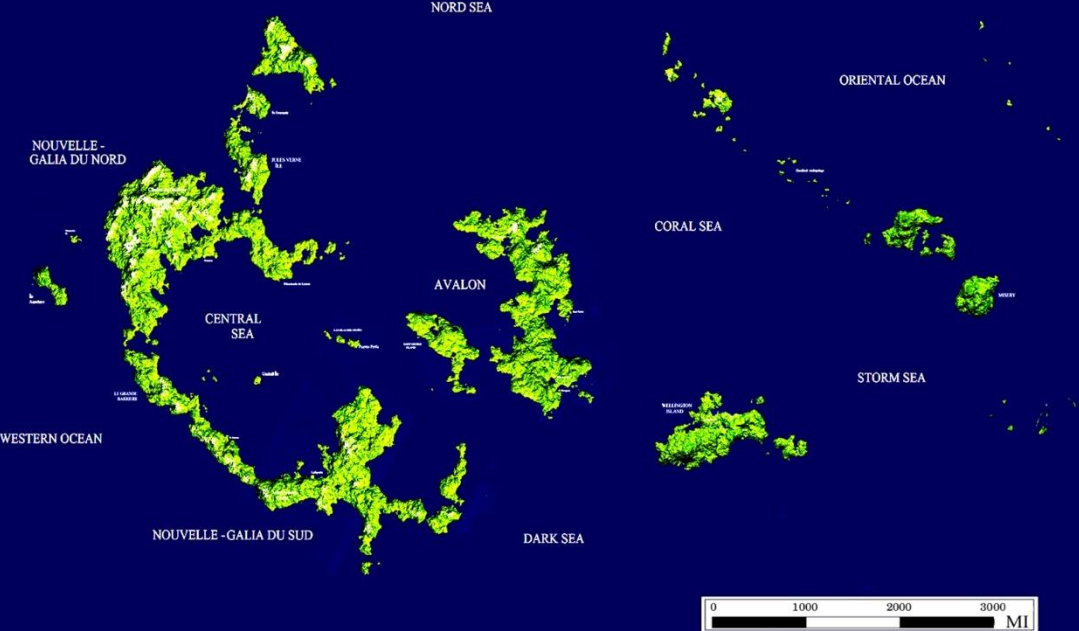
VI. BENTO RUGGIERO

VII. DEMETRIO EXPÓSITO

VIII. LISY

ACERCA DE LA AUTORA

LEJANA'S MAP



Capítulo I

PREPARATIVOS PARA UN VIAJE

El barrio dormía por fin aprovechando la tregua que la noche imponía a los agobiantes calores del verano madrileño. Por las ventanas abiertas escapaba el vaho de los sueños y las respiraciones de la colmena humana. En algunas de ellas la brasa de un pitillo o la luz de un televisor delataban a los desvelados.

Una sombra se recortó en negro sobre la oronda blancura de la luna llena; desapareció unos instantes desdibujada por el halo de contaminación lumínica y reapareció, ya perfectamente opaca, en el alféizar de la ventana de un séptimo piso con vistas a un patio interior. Vestía una túnica blanca y el rostro igualmente blanco se hubiera confundido con un pequeño jirón de niebla de no haber estado

definitivamente enmarcado en una larga melena negra e iluminado por unos ojos a los que solo la sombra azulada de las ojeras hacía soportables.

La aparición se acomodó en la ventana como disponiéndose a pasar allí un buen rato; recorrió con mirada nostálgica el interior de la habitación hasta dejarla prendida en el torso desnudo que reposaba sobre la cama entre un rebujo de sábanas.

¡Ay! aquella piel morena y la musculatura que ceñía... Como si de nuevo estuviera acariciándola sintió su textura en la propia piel.

La almohada había resbalado de la cama y el esternocleidomastoideo, –había aprendido el nombre años atrás para bromear con su propia fijación–, resaltaba tenso sujetando la cabeza. Si no cambiaba de postura muy pronto comenzaría a roncar.

La aparición se sonrió ante este pensamiento mostrando un par de agudos colmillos bajo su labio superior, y, efectivamente, en ese momento, él inició un movimiento de giro que arrastró las sábanas dejando al descubierto el cuerpo de la mujer que yacía a su lado, acurrucada, desnuda, junto a su pubis.

Un gesto de ira borró inmediatamente la sonrisa de la Vampira al tiempo que la mujer, aún soñolienta, estiraba el

brazo para recuperar su cobertura. El peso del cuerpo masculino se lo impedía y tuvo que incorporarse un poco. Entonces la vio.

El aterrorizado grito rasgó la noche, despertó al vecindario y sobresaltó de tal modo a la aparición que perdió el equilibrio y cayó al vacío. La figura envuelta en blanco fue empequeñeciéndose y desdibujándose a medida que caía hasta adquirir la forma de un murciélago, que levantó el vuelo segundos antes de tocar el suelo del patio de luces.

El bloque entero se iluminó, como un árbol de Navidad cubista. En los huecos de las ventanas aparecieron curiosos a los que el grito había despertado y algunos desvelados, testigos de toda la escena, trataban de comprender lo que habían visto.

La mujer, que segundos antes dormía plácidamente arrimada a su querencia era ahora un puro ataque de nervios al que las preguntas desarticuladas y urgentes de su acompañante no contribuían a calmar.

Algún vecino debió llamar a la policía, que buscó infructuosamente, primero un cadáver, luego una sábana, un trapo, o cualquier otra cosa, que pudiera justificar aquella especie de alucinación colectiva.

La joven Vampira, ya invisible en las alturas, volaba sin rumbo, dominada por la ira. Miró hacia abajo; un perro

meaba en una farola; descendió en picado dispuesta a destruirlo y fue precisamente eso, la furia desmesurada del ataque, lo que alertó al animal que huyó despavorido.

Nuevamente en el suelo, nuevamente frustrada, hubiera querido llorar, pero los vampiros no tienen lágrimas. Despacio, se encaminó hacia el hospital, como otras veces calmaría su sed con esa repugnante sangre embotellada. La noche apenas había comenzado y aún habría tenido tiempo de probar suerte en alguna discoteca, pero el bullicio humano le repugnaba, no se sentía con ánimo y solo la movía la necesidad imperiosa de beber; si hubiera sido humana se habría comido un montón de hamburguesas.

De vuelta en su casa, mucho antes de que el alba anunciara la llegada peligrosa del día, aún embargada por la ira, paseó, voló y finalmente, convertida en niebla, midió en unidades de remolinos los contornos de la lóbrega estancia donde el gran arcón que albergaba sus sueños diurnos era el único mueble.

La misma inquietud, la misma insatisfacción que dominaran sus últimos años de existencia humana, se apoderaban ahora de su existencia vampírica.

No era aquello, no, lo que había imaginado cuando la eternidad se le antojó pequeña para albergar todo su resentimiento, toda la rabia de sentirse traicionada, y

ofreció su cuello a un viejo vampiro que no sin ciertas reticencias libó su sangre transmutando su naturaleza.

Y al final se encontraba atrapada en esos sentimientos que la amargarían por toda la eternidad de su vampírica existencia.

Igualmente, atrapada en la obsesión que abonaba su desgracia, pasaba las noches en eterna vigilancia de aquel que la provocó, observando el esternocleidomastoideo que adoró como humana y que ahora, vampira, codiciaba por la yugular que contenía.

Una de esas noches, él tardó en acostarse, ocupado en lo que sin duda eran preparativos para un viaje. Otra, tragando bilis mientras él se despedía de su nueva amante, consiguió información de su destino: LEJANA.

¿Lejana? No conocía país ni ciudad con ese nombre. ¿Se trataría de algún minúsculo lugar olvidado en los confines de la Tierra? Cuando por fin, tras muchas indagaciones en los ambientes nocturnos de la ciudad consiguió averiguar de qué se trataba, un sentimiento humano, casi olvidado, ajeno a su nueva naturaleza, se apoderó de ella desplazando a la rabia y al resentimiento: *La Incertidumbre*.

Corrían rumores, se decía, de que se había abierto un portal espacio-temporal que comunicaba con otros mundos. Las fuentes oficiales lo negaban; negaban así

mismo que dichos portales hubieran existido alguna vez. Pero se rumoreaba que una coalición de gobiernos estaba preparando una expedición, extremo este también desmentido por las fuentes oficiales.

Urgida por el peligro de perder su objeto de deseo, la Vampira se dedicó exhaustivamente a buscar información. Consultó en Google, frecuentó tertulias nocturnas en ambientes esotéricos; furtiva, entró en desiertas hemerotecas poniendo mucho cuidado para no activar las alarmas. No llegó a ninguna conclusión. En la mayoría de los medios se silenciaba el tema o se negaba su realidad atribuyéndolos a desvaríos de perturbados. Solo la prensa marginal especulaba con planes secretos de los gobiernos para enviar una expedición científica a otro mundo, mundo de tierras salvajes pobladas por animales desconocidos, algunos de ellos de una ferocidad inimaginable y donde quizás se hubiera desarrollado otra civilización.

Entonces se acordó del Viejo Vampiro, aquél, que ante su insistencia, había cedido por fin a llevarla a su actual condición; él tenía que saberlo, su existencia vampírica se remontaba a la edad media y antes de eso había sido un hombre ilustrado, con grandes conocimientos no solo de filosofía, sino también de ciencias, astrología, astronomía y de cualquier materia que despertara su curiosidad, que era mucha.

Así pues, en cuanto se puso el sol, dirigió su vuelo hacia el sótano donde sabía que le encontraría. Efectivamente, conocía esas historias:

Hacía ya dos siglos, hubo migraciones masivas hacia lugares ignotos que seguían siéndolo, pues pocos de los que marcharon regresaron y los que lo hicieron, o decían haberlo hecho, habían sido recluidos en manicomios, donde murieron sosteniendo siempre que habían conocido un planeta nuevo y contando historias de tierras salvajes, abismos tenebrosos y mares tempestuosos. Contaban que cielos y mares se veían surcados por ingenios desconocidos en nuestra Tierra, barcos que surcaban los cielos, esferas tripuladas que flotaban en los océanos. Algunos de ellos portaban los cadáveres momificados de extrañas criaturas, que, tras el internamiento de sus dueños en los manicomios fueron destruidas o conservadas en museos presentadas como aberraciones cromosomáticas de animales presentes en la Tierra o como fósiles de otras eras extraordinariamente conservados.

El Viejo Vampiro, a su vez, quiso saber el porqué de este nuevo interés de la joven Vampira y una vez puesto al corriente quiso saber más, comenzaba a pergeñar la idea de emprender él también la aventura. Entre ambos organizaron un plan para recabar toda la información posible y acometer los preparativos para tan azaroso viaje.

Él, más experto, convertido en niebla, se coló en las secretas reuniones de la comisión que preparaba el evento. Supo así que el equipo elegido para viajar estaba formado por cuatro mujeres y seis hombres, científicos y profesionales de cierto renombre, cuyo único punto común era haber caído en desgracia ante los grupos de poder que dominaban el planeta y que, voluntarios a la fuerza, se habían visto obligados a decidir entre mal vivir, acosados en la Tierra o emprender un viaje sin retorno y ni siquiera garantías de llegar a un destino.

La Vampira, por su parte, se dedicó a los preparativos. Elaboró una lista con aquello que consideraba imprescindible:

- Dos teléfonos móviles
- Un ordenador portátil
- Ropa de abrigo
- Ropa de verano
- Zapatos de tacón
- Zapatillas de deporte
- Bolsa de aseo
- Pintauñas y maquillaje
- Una docena de bolsas de sangre
- Un saquito con tierra de la Tierra.

Por supuesto, también tenía que encargarse de contratar un servicio que embalara el ataúd del viejo vampiro y su

propio arcón, una vez estuvieran ellos dentro, y que lo depositaran entre los bagajes de la expedición.

Cuando, reunidos para ponerse al corriente de los respectivos avances, el Viejo Vampiro leyó la lista, por primera vez en siglos se rio a carcajadas. Solo la mueca ofendida de la joven Vampira le contuvo por fin y, aun conteniendo la risa, le comunicó sus averiguaciones alertándola de los riesgos que la aventura entrañaba.

Aun así, ni él ni ella renunciaron y finalmente decidieron acometer los cambios que tan extraño viaje imponía. Tuvieron que renunciar, él a su queridísimo ataúd, de madera de ébano, que le había acompañado durante siglos; ella a su holgado y cómodo arcón.

Por internet encargaron dos cajas de madera contrachapada reforzada con aluminio ligero que deberían sustituirlos, de igual modo contrataron un servicio de mensajería que las recogerían en sus respectivos domicilios y las trasladarían al almacén donde se hallaba el equipamiento de la expedición. De la lista inicial lo único que conservaron fueron los saquitos con tierra de la Tierra y una buena provisión de bolsas de sangre con las que se encerraron en sus respectivas cajas ya etiquetadas con la dirección exacta del almacén y rellenas con virutas de poliestireno que haría más cómodo el viaje y amortiguaría posibles golpes.

El día señalado, con grandes precauciones y secretismo, se cargó el vehículo, una cápsula como un enorme balón de rugby con dos puertas en lo que podría decirse la proa y la popa, subieron a ella los forzados a emigrar a otros mundos y, en la bodega de carga, junto a cajas y paquetes, acomodados en sus nuevos ataúdes, los dos únicos auténticos voluntarios.

Mediante cables y grandes pértigas empujaron la plataforma con la cápsula que, una vez cogió velocidad, mediante un sistema biela-manivela se deslizó por lo que se suponía era el nuevo portal abierto hasta que de pronto se perdió en una tremenda implosión que absorbió los edificios de los alrededores cegando para siempre el portal espacio-temporal y absorbiendo además a cuantas personas y objetos se encontraban en un radio de kilómetro y medio.

La cápsula, después de una brutal sacudida, se deslizó suavemente en medio de la nada como atraída por una fuerza invisible para detenerse finalmente en lo que resultó ser un desierto de arenas rojizas que los tripulantes de la cápsula, cuando salieron de ella, miraron desolados. No sabían dónde estaban, aquel paisaje no se parecía en nada a las verdes islas que les habían descrito, no se percibían señales de vida en lo que la vista abarcaba, que era mucho, pues, hasta la línea del horizonte, ni vegetación ni accidente geográfico interrumpía la roja planicie.

Sus voces, un guirigay de lamentos, órdenes y discusiones, alertaron a los vampiros que comprendieron al instante el peligro que corrían: No podían arriesgarse a salir sin saber si ya había anochecido. Permaneciendo en las cajas se arriesgaban a que en algún momento la expedición decidiera desembalar y les descubrieran. En ese momento, por encima del griterío, la Vampira escucho su voz, su adorada voz, aquella que cantaba operas después del sexo, incitándoles a realizar un reconocimiento minucioso de las inmediaciones antes de que anocheciera. Y tras la conmoción inicial, tomó conciencia de que, durante las dos semanas que duraron los preparativos y el tiempo indefinido que duró el viaje, no había pensado en él y de que el despecho que embargaba su existencia había disminuido de intensidad dando paso a otras preocupaciones. El Viejo Vampiro por su parte dedujo que el ocaso debía estar próximo.

Volvieron los expedicionarios sin haber encontrado rastro de vida animal ni vegetal. El calor en el exterior era insoportable, la cápsula se estaba convirtiendo en un horno. Decidieron dormir a la intemperie y turnarse montando guardia por si, a pesar de todo, la inhóspita soledad ocultara algún peligro.

La Vampira y el Viejo Vampiro no tuvieron ninguna dificultad en deshacerse del guardián sumiéndole en un profundo sueño y, puesto que la cápsula era el único objeto

que les podía ofrecer refugio, excavaron bajo ella una pequeña depresión donde situaron las cajas, que ya se habían convertido en su morada diurna, camuflándolas con una leve capa de arena. Convertidos en murciélagos dedicaron el resto de la noche a explorar los alrededores. Sin brújula y bajo estrellas desconocidas, voló la Vampira en línea recta con la proa de la cápsula y el Viejo Vampiro lo hizo alineándose con la popa. Mucho antes de que amaneciera, por precaución, volvieron ambos.

La Vampira reportó de extensas llanuras y, muy a lo lejos, una cadena de volcanes que eructaban humo y cenizas y cuyo resplandor rojizo confundió, al principio, con el anuncio del alba. El Viejo Vampiro había volado hasta un océano tempestuoso cuyas gigantescas olas hacían imposible la navegación.

Así pues, comprendieron que se encontraban en una situación muy difícil. Decidieron retirarse a sus sarcófagos para investigar la noche siguiente a babor y a estribor de la cápsula.

Con la llegada del día, fueron los desterrados los que se organizaron en batidas exploratorias. De dos en dos partieron en las cuatro direcciones mientras los dos restantes se encargaban de desembalar y hacer inventario comparándolo con el registro de mercancías embarcadas.

Al atardecer volvieron agotados los exploradores. Arena y océanos embravecidos, ninguna señal de vida en cualquier dirección que marcharan.

En cuanto al material inventariado contaban con 200 raciones de comida, un bidón con 300 litros de agua, cacerolas, ollas, sartenes, platos, vasos y cubiertos; 1 sierra láser, 10 navajas multiuso de tamaño mediano, 5 sierras, 5 hachas, 10 machetes, 5 tiendas de campaña, 10 mantas térmicas ignífugas, cables y cuerdas de distintos grosores y materiales; una radio emisora, 10 radioteléfonos, un microscopio, un alambique, un buen surtido de reactivos, una balanza de precisión, 4 baterías Tesla, un mechero Bunsen, un espectroscopio, probetas, retortas y todo el material que la Dra. Bureta había sacado de su laboratorio.

Parecía no faltar nada de lo embarcado, pero advirtieron la desaparición de dos enormes cajas cuyo contenido ignoraban y que no constaban en el registro inicial pero que, algunos de ellos, juraban haber visto.

El desánimo imperaba en el campamento. Ya de noche se reunieron en conciliábulo tratando de encontrar alguna salida a tan apurada situación. Escondidos en la sombra también los vampiros asistieron a la reunión.

Fue él, el Dr. O, la obsesión de la joven Vampira, quien primero tomo la palabra exponiendo la realidad sin

paliativos. La Vampira se sorprendió a sí misma más pendiente de sus palabras que de su persona.

La situación –dijo el Dr. O con voz neutra–, es que tenemos víveres para veinte días si los racionamos bien; pero el agua, con el calor reinante, probablemente no nos alcance tanto y desde luego debemos prescindir de su uso higiénico. Podremos sobrevivir, con suerte, veinte días, si en ese plazo no somos rescatados o encontramos una solución para abastecernos, moriremos de hambre y sed. Solo contamos con nuestro ingenio para revertir la situación y puesto que de esta tierra estéril no podremos obtener nada, tendremos que pensar en cómo explotar las posibilidades de ese océano amenazador.

Quedaron todos pensativos, silenciosos, como midiendo la magnitud de su desgracia. Desalinizar el agua no les resultaría difícil, pero ¿Cómo podrían pescar sin ser arrastrados por las olas gigantes que batían sin tregua los acantilados que formaban las orillas?

Intervino entonces el Dr. Uve, premio especial en física, el más joven de su promoción y de aquella expedición. Inquieto y bien parecido, su voz denotaba haber pasado del desánimo a la rabia y sonó como un exabrupto cuando dijo:

– Tenemos que pensar en salir de aquí. Aunque encontremos el modo de sobrevivir no estoy dispuesto a

pasar el resto de mis días a base de agua desalinizada y sabe dios qué pescados.

Lisy, una mujer madura a la que las canas entremezcladas con el cabello negro le daban el aspecto de llevar un casco de acero y que había dedicado su vida a organizar la recogida y distribución de recursos humanitarios, intervino antes de que los ánimos se crisparan.

– Creo –dijo con voz tranquila–, que podríamos dividirnos en equipos. Mientras un grupo se ocupa de la intendencia y esto supone tanto administrar los avituallamientos que tenemos como procurar comida y agua potable, otro grupo se ocupará de enviar señales por si existiera alguna posibilidad de recibir ayuda del exterior y de estudiar las posibilidades, ya sabemos que por ahora nulas, de salir de aquí por nuestros medios. Propongo que repartamos los machetes y las navajas multiuso; del resto del material nadie deberá disponer individualmente. Cada idea o plan que se tenga lo expondremos por la noche en estas reuniones.

Todos estuvieron de acuerdo y pasaron a formar los grupos.

Lisy, el Dr. O, la Dra. Bureta, de cuarenta años, premio nacional de química, Bento Ruggiero, arquitecto y poeta, y Grizzli, nombre de guerra de Paquita García, joven hacker

que cubría su espléndido cuerpo con infinidad de piercings y tatuajes, formarían el grupo de intendencia.

El Dr. Uve, el matrimonio Pérez, él, ingeniero frizando los cuarenta, ella, de la misma edad, piloto de líneas comerciales; el coronel Pelea, expulsado del ejército por insubordinación y el Dr. Hercio, de telecomunicaciones, un tipo raro de edad indefinida y poco hablador, se ocuparían de enviar señales al exterior y buscar una posible salida de lo que ya sospechaban se trataba de una isla.

Durante los días siguientes cada grupo se dedicó a su tarea, los de intendencia sujetaron con cables todos los recipientes disponibles acercándolos a la orilla de forma que las olas los llenaran y someterían a la asamblea nocturna un principio de proyecto para fabricar una desalinizadora que implicaba desguazar una parte de la cápsula.

El equipo de comunicaciones, amén de poner la emisora en funcionamiento, fabricó una serie de bengalas, unas de tierra que encenderían por las noches para señalar el campamento y otras de lanzamiento, que utilizarían si avistaban algún objeto volador.

El Viejo Vampiro y la Vampira poco podían hacer, decidieron pasar no solo el día sino también parte de la noche en sus cajas para ahorrar energías y aguantar con las reservas de bolsas de sangre, asistían a las asambleas

nocturnas para estar informados, pero no querían nutrirse con los expedicionarios porque comprendían que eran su única posibilidad para salir de la isla.

La aparición en el cielo de un monstruo extraño, desconocido en la Tierra, y que si acaso se parecía a algo sería de la familia de los pterosaurios, les avisó de la necesidad de llevar siempre consigo las armas. También les suministró un enorme huevo que dejó enterrado en la arena y con él y una desalinizadora funcionando, la esperanza de sobrevivir hasta poder salir de aquel infierno.

Capítulo II

SALIDA DE DESOLACIÓN

Como si la esperanza atrajera los buenos acontecimientos, no habían transcurrido tres días desde la aparición del pterosaurio cuando en el cielo del atardecer avistaron un objeto que flotaba en el aire. Se apresuraron a lanzar una bengala, encendieron fogatas con materiales plásticos que proyectaban una nube de humo negro y ondearon, hasta que anocheció del todo, sus ropas más llamativas. Cuando cayó la noche encendieron las bengalas de tierra. No tardó en llegar lo que resultó ser un enorme dirigible del que pendía un barco, un galeón en mimbre calafateado que quedó suspendido a poca altura sobre la cápsula y el campamento.

La Vampira y el Viejo Vampiro percibieron la agitación y salieron a observar lo que pasaba. Vieron como por la borda

del galeón asomaban seres humanos que se dirigían a los acampados en un inglés antiguo. No sin ciertas dificultades consiguieron entenderse, se presentaron como pescadores y se ofrecieron a trasportarles a otros lugares más amables, otras islas donde existían pequeñas colonias humanas e incluso, en algunas, grandes ciudades. La dificultad estaba en que no podrían acogerlos a todos ya que la tripulación estaba completa y las bodegas repletas, necesitarían, pues, hacer varios viajes más si pretendían cargar con sus materiales. Y naturalmente los viajes tenían un precio. Acordaron que primero llevarían a las mujeres y después de dejarlas en la isla habitada más cercana volverían, con las bodegas vacías para recoger a los hombres y los materiales del campamento. El precio lo marcarían las autoridades portuarias.

Accedieron los acampados a la propuesta que además de parecer razonable se les ofrecía como única posibilidad y las mujeres tras una breve despedida y unas últimas recomendaciones se aprestaron a subir a bordo.

La Vampira, que acuciada por otros problemas había ido relegando su obsesión y que, ocupada en otros menesteres, había visto disminuir su rencor hasta que apenas quedaba de él una mueca de desprecio, se sorprendió a sí misma con el deseo de unir su destino al de aquel grupo de mujeres. No le sería difícil encontrar en la bodega del barco algún lugar donde pasar el día, así pues, tras beberse una bolsa de

sangre, subió a bordo en forma de murciélago y oculta entre jarcias y cabos se dispuso a observar a su alrededor.

Su fino oído captó enseguida las risas broncas y las soeces burlas de los marineros. Habían acomodado a las mujeres en el camarote del capitán, no por deferencia como quisieron hacerles creer sino porque era el único sitio, aparte del calabozo, que contaba con llave y cerradura. Y ahora hacían planes y sorteaban los primeros puestos para asaltarlas y violarlas, lógicamente después del capitán y el contramaestre. La Vampira no necesito oír más. Convertida en niebla se deslizó en el camarote y una vez allí hizo su aparición en forma humana saliendo de debajo de la amplia cama del capitán. Por señas les indicó que guardaran silencio y cuando se calmaron les advirtió apresuradamente del peligro que corrían.

- No son pescadores, son piratas, os violaran y si no os matan os venderán en algún mercado y –añadió para justificar su presencia– por favor no traicionéis mi escondite.

Dicho lo cual volvió a meterse bajo la cama de donde salió, nuevamente convertida en sombra para seguir espiando a la marinería.

Las mujeres, más sorprendidas por la aparición que por el mensaje, se miraron asintiendo, ya sospechaban haberse

topado con salteadores y trataban de hacer planes de defensa con los escasos recursos que contaban: Cada una de ellas tenía su navajita multiusos, Grizzli tenía además una pistola eléctrica y un spray antiviolación que había ocultado desde que salieron de la Tierra; se confesó además practicante de artes marciales y les enseñó rápidamente los puntos vulnerables y cómo actuar sobre ellos para producir la muerte.

Buscaron por el camarote objetos contundentes y todo lo que pudiera servir de arma; en un baúl, que tuvieron que descerrajar, encontraron elegantes vestidos de mujer con varios sombreros a juego, demasiado grandes para la pálida y misteriosa mujer que les había alertado, quizás pertenecieron a otra desdichada o, más probablemente, se tratara de la afición secreta del capitán. Descubrieron en el fondo del baúl una amplia colección de alfileres de sombrero rematados unos con finos trabajos de orfebrería, con piedras preciosas otros, que se podrían utilizar como estoques. Grizzli les enseñó *el beso del dragón*.

La Dra. Bureta objetó a la idea de matar al capitán. –Sin capitán ¿quién gobernará la nave?

- He pilotado desde Boeings hasta Junkers y he subido en aerostáticos –dijo enojada la Sra. Pérez—. Creo que podré hacerme con el manejo de esta nave.

- Tenemos que pensar –interrumpió la discusión Lisy–, en cuántos son y qué podemos hacer para separarlos, si pudiéramos atraerlos hacia aquí mejor, nos conviene actuar silenciosamente.

-Yo puedo subir a cubierta y degollar a unos cuantos, luego cuando me persigan los atraeré hacia aquí –casi gritó Grizzli entusiasmada.

-En cubierta he contado 14 hombres, no sé cuántos más habrá en las bodegas y los camarotes, pero debemos contar por lo menos con otros tantos –informó Lisy, con voz neutra que moderó el entusiasmo de Grizzli y dejó a todas sumidas en un silencio pesimista conscientes de que difícilmente podrían acabar con todos.

Sin embargo esbozaron una pequeña estrategia: bajo ningún concepto subirían a cubierta, esperarían a que los facinerosos entraran en el camarote simulando no ofrecer resistencia. Grizzli y la Sra. Pérez, más jóvenes, más fuertes y más resolutivas, llevarían respectivamente la pistola eléctrica y el spray antiviolación, acabarían rápidamente con sus atacantes y ayudarían a Lisy y a la Dra. Bureta que utilizarían las navajitas, tirando preferentemente a la parte delantera del cuello y a los ojos, únicas partes vulnerables a la escasa longitud de la hoja. Del mismo modo, los alfileres, demasiado blandos para penetrar las rudas vestimentas solo podrían utilizarse para rematar, sin titubear, a los que

el spray de pimienta o la pistola taser hubieran puesto fuera de combate. Deberían acompañar el ataque con gritos de protesta y agudos quejidos que contribuirían a la confusión y a evitar que llegara a cubierta alguna voz de auxilio.

Mientras tanto, en cubierta, con las últimas luces del día, los piratas se aprestaban a consumir el saqueo. Decidieron que, junto al capitán, al contramaestre y los agraciados con los dos primeros puestos, irían los dos siguientes. Suponían que dos más serían suficiente refuerzo para doblegar la previsible resistencia y, además, las dimensiones del camarote, aunque amplias, no permitían mayor aforo. Luego las subirían a cubierta donde quedarían a merced del resto de la tripulación.

Uno a uno fueron entrando los rufianes en el camarote mientras que las mujeres, sin necesidad de fingir miedo, se replegaban contra los mamparos profiriendo agudos chillidos. El capitán se abalanzó sobre Grizzli. Apenas la había tirado sobre la cama y tumbado encima procedía a desbraguetarse, cuando una terrible descarga en el cuello le hizo lanzar un gemido y lo dejó paralizado, aún no había comprendido qué le pasaba cuando un fino estilete le atravesó un oído causándole la muerte.

El contramaestre que hacía lo propio con la Sra. Pérez recibió una rociada de spray antiviolación que lo dejó

cegado y confuso. Aullando se apartó de su víctima repartiendo golpes a diestro y siniestro como un molino de viento descentrado, golpes, que unas veces alcanzaban a alguna de las mujeres, otras se perdían en el aire y otras impactaban en sus propios secuaces.

Lisy luchaba ferozmente contra dos piratas que la sujetaban. Sangrando por la nariz, un ojo contuso y parte de la ropa desgarrada se defendía con mordiscos, patadas y arañazos, sin poder hacer uso ni de la navaja ni del largo alfiler aprisionados entre su propio cuerpo y el de sus asaltantes. En su ayuda se apresuró Grizzli. En dos rápidos movimientos quiso aplicarles la pistola eléctrica lo que consiguió con uno de ellos, pero no con el otro, que abandonando su presa le propinó un codazo en la cara y un puñetazo en el plexo que la hicieron caer boqueando. El intento de violación se había convertido en un zafarrancho en el que las mujeres se habrían visto en graves apuros de no ser por la inesperada ayuda del contramaestre que, cegado, seguía expresando su furia repartiendo mandobles a cualquiera que se pusiera a su alcance. La Dra. Bureta, paralizada en un rincón, contemplaba la escena con los ojos muy abiertos; ante la mirada de reproche de la Sra. Pérez se sintió obligada a excusarse —Lo, lo siento —tartamudeó— yo soy más de venenos.

La Sra. Pérez, acudió, espray en mano, en ayuda de Lisy que se debatía cada vez con menos fuerzas contra su

primitivo atacante y otros dos que abandonando a la pasiva Dra. Bureta atacaban ahora a Lisy y a Grizzli. No perdió el tiempo, remató con su ya ensangrentado alfiler al que inconsciente por el choque eléctrico poca defensa tenía y se interpuso con una rociada de spray de pimienta entre la desarbolada Grizzli y la bestia que intentaba patearla, su intervención permitió que Grizzli se recuperara lo suficiente como para, aun sin fuerzas para levantarse, gateando, buscara piernas y tobillos a los que aplicar su taser.

A su vez Lisy, librada de sus agresores, gritando como una loca, se dedicó, armada de navajita y alfiler, a rematar, antes de que se recuperaran, a los que cegados y atontados por el espray y paralizados por la descarga eléctrica poca defensa tenían, mientras animaba a las mujeres a tapar con sus gritos agudos los de petición de ayuda de los piratas que comprendiendo que sus presas no eran tan fáciles como habían pensado, intentaban, ahora a la defensiva, pedir refuerzos y ganar la puerta del camarote.

Mientras esto ocurría en el camarote del capitán, en cubierta la Vampira, que en forma de murciélago había aguardado la noche oculta entre unos aparejos, decidió hacer uso de la descomunal fuerza de su naturaleza vampírica para enfrentarse a los salteadores. Blandiendo un ancla por la línea de fondeo la hizo girar en molinetes mortales para todo el que se encontraba en su trayectoria. Los marineros huían despavoridos de la fantasmal figura

que les atacaba con fuerza devastadora, algunos hasta llegaron a lanzarse por la borda, otros buscaban la protección en la bodega o trepaban por los palos tratando de ocultarse en el velamen. Todo en vano, la Vampiradesechando el ancla se apoderó de un machete y los persiguió desde las bodegas hasta la verga más alta del palo mayor sin que ninguno de ellos osara defenderse de aquella fuerza sobrenatural.

Aún no había amanecido y la luz de los fanales alumbraba la cubierta principal repleta de cadáveres, la Vampira bañada en sangre y cansada se recostó en unas jarcias. Rodeada de cadáveres miró el oscuro cielo de estrellas desconocidas, pensó en la humanidad y sintió una tristeza infinita, pensó en Él y no sintió nada, nada más que el terrible cansancio que la invadía; la rabia, el rencor que creyó eternos se habían esfumado, pensó en el destino de hombres y mujeres y un sentimiento de piedad le inundó el alma.

Gruesas lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas mientras la penetraba una sensación de profunda serenidad. Las primeras luces del alba rompieron la obscuridad de la noche. No hizo nada por protegerse. Esperó tranquila el momento que le brindaría la paz definitiva.

En el camarote del difunto capitán las mujeres restañaban

sus heridas. Habían tenido suerte, pero, aunque no tenían lesiones de consideración, les preocupaba como enfrentar al resto de la tripulación.

Y la tripulación, ¿cómo reaccionaría ante la muerte violenta del capitán y sus compañeros?

Percibieron de pronto el extraño silencio, ni voces, ni el lógico ruido de trajar a bordo, nada, todo en el barco había enmudecido. Con grandes precauciones subieron a cubierta. El espectáculo también a ellas las hizo enmudecer. Cadáveres allá donde miraran, no solo en la cubierta, algunos colgaban de cabos y aparejos, todos ensangrentados, ostensiblemente víctimas de una muerte violenta. Además de dantesco aquello era inexplicable. Nadie reparo en un pequeño puñado de cenizas, en la popa, sobre unas jarcias.

Grizzli rompió el sepulcral silencio:

- Hostias que Gore.

La Sra. Pérez ocupó el puente de mando y se dedicó con ahínco a estudiar el funcionamiento de la aeronave. No le resultó difícil hacerse con los mandos básicos; la mayor dificultad residía en acompasar la fuerza y dirección del dirigible con la fuerza y dirección que, independiente, el velamen imprimía a la barquilla que de él pendía. Una extraña brújula cambiaba en cuestión de segundos la

dirección de su aguja. Sin Norte que señalar no tardó mucho en comprender que marcaba el ángulo entre la proa del barco y la del dirigible lo que la ayudó a mejorar la estabilidad del conjunto, pero seguía pilotando a ciegas, sin referentes en un horizonte que se extendía adelante y atrás, arriba y abajo, uniforme e infinito. Para evitarse sobresaltos arrió las velas y maniobrando solo con el dirigible no tuvo dificultad para invertir el rumbo. En poco tiempo pilotaba con gran soltura.

Mientras, el resto de las mujeres espoleadas por el asco y la aprensión que la masacre les producía no tardaron en despejar la nave. Arrojaron los cadáveres por la borda, baldearon la cubierta y adecentaron los camarotes limpiando todo vestigio de los indeseables ocupantes anteriores.

De la misteriosa aparecida del día anterior no encontraron ningún rastro, dieron por supuesto que voluntariamente o forzada por los repugnantes marineros habría saltado por la borda. Antes del mediodía la nave lucía impoluta y las cuatro mujeres acusaban el cansancio de la larga noche con sus dramáticos sucesos y del esfuerzo final. Se imponía un descanso antes de que el agotamiento las rindiera y las llevara a cometer alguna torpeza irreparable o a dormir sin control perdiendo el sentido del tiempo, única referencia de que disponían para orientar su regreso a la isla.

Organizaron, pues, turnos de guardia de una hora que permitiría a cada una dormir tres y estar todas despiertas antes de que anoheciera. Siguiendo las instrucciones de la Sra. Pérez, que tácitamente había asumido el mando, deberían vigilar el horizonte y mantener el rumbo sosteniendo en mínimos la potencia de los enormes ventiladores que propulsaban la aeronave.

Al cabo de cuatro horas todas estaban en cubierta, más descansadas, aunque aún algo soñolientas. Se imponía planear el regreso.

La Sra. Pérez tomó la palabra y con su habitual crudeza resumió la situación en que se encontraban:

–Estamos pérdidas en la inmensidad de este espacio, no conocemos las estrellas de este mundo, ni tenemos otra referencia para volver que el sol y el tiempo que llevamos navegado. –En ese momento lamentaron no haber prestado más atención a las estrellas de ese cielo en las noches de la isla. Lisy, siempre práctica y previsora, se apresuró a anotar en su lista mental de tareas la de levantar mapas del cielo nocturno.

Teniendo en cuenta –continúo la Sra. Pérez–, que para cuando subimos a bordo aún era de noche, pero estaba cerca el amanecer, que nos dejaron casi todo el día en el camarote y que para cuando volvimos a cubierta y

descubrimos la masacre estaba amaneciendo, calculo que hemos navegado aproximadamente un día y una noche completos.

Quedaban aún algunas horas antes de que el sol comenzara a declinar. Cuando la oscuridad nocturna las envolviera correrían el riesgo de sobrepasar, sin verla, la isla donde aguardaban los hombres de la expedición.

Planearon ir trazando un triángulo cuyo lado midiera aproximadamente la distancia que se podía recorrer en un día, una noche y lo que aún les quedaba de día, cambiar el rumbo en 60° y recorrer otra vez esta distancia, repitiendo la maniobra menguando en cada vuelta los lados del triángulo. Por las mañanas navegarían de proa al sol, por las tardes lo tendrían de popa y la sombra de los mástiles les permitiría mantener el rumbo. Aun así les urgía construir el sextante.

A la Sra. Pérez le preocupaba la falta de referencias para marcar el rumbo. Si bien se había hecho con el manejo del timón, las cartas de navegación y otras herramientas que encontró en el puente de mando le resultaban totalmente extrañas. Dio instrucciones a las tres mujeres para intentar fabricar un sextante, aunque fuera rudimentario y éstas buscaron por toda la nave los materiales que les pudieran servir. Un rollo de cordel, algunas tablas de distintos tamaños y grosores, varios punzones; nada de papel, pero

cortaron la ropa que encontraron a modo de lienzos y fabricaron tinta con sustancias que encontraron en la cocina, tratarían de levantar planos del cielo nocturno.

En un vano intento de marcar algún punto de referencia largaron un cabo de ancla con una boya, pero, aunque añadieron todos los cabos que encontraron a bordo y bajaron el dirigible hasta que casi la barquilla rozaba las olas, el ancla no halló asidero y la volvieron a izar, mojada pero limpia. De la fracasada maniobra solo pudieron deducir la gran profundidad del océano en aquel punto.

Se había dado un reparto espontáneo de tareas: Lisy asumió las labores de intendencia, Grizzli, oteaba el horizonte con un viejo catalejo que encontraron en el puente de mando turnándose con la Dra. Bureta que, quizás para hacerse perdonar su pasividad en la batalla, se multiplicaba ayudando unas veces en la cocina y otras como correo de la Sra. Pérez, transmitiendo sus órdenes y peticiones.

Lisy había inventariado la despensa y constatado que la falta de comida no sería una preocupación, a pesar de ello cenaron frugalmente y dispusieron los nuevos turnos de guardia.

El sol se hundía en el horizonte marino y Grizzli, que tenía algunas dotes artísticas se disponía a reflejar ese cielo

extraño en los no menos extraños lienzos surgidos de la colección de enaguas que el difunto capitán escondía en su camarote y con las que también se consiguió una buena equipación de vendas.

Ante el temor de no divisar la isla en la oscuridad la Sra. Pérez quiso poner el dirigible al par, pero no se atrevió a apagar totalmente las grandes hélices que dirigían el globo ante el temor de no poderlas luego reiniciar o de que, sin fuerza motriz, globo y barquilla giraran como asimétrica peonza haciéndoles perder la poca orientación que tenían.

Fue una medida prudente, porque al amanecer descubrieron en la lejanía y a popa por babor, el islote que por su falta de vegetación fácilmente podría ser el lugar de su aterrizaje y que habían bautizado con el nombre de Desolación.

Hacia allá pusieron rumbo y antes del mediodía sobrevolaban el campamento donde los hombres agitaban los brazos y daban muestras de alegría.

Anclaron el barco y largaron la escala, pero no dejaron a los hombres, ansiosos por salir de la isla, subir a bordo, sino que bajaron ellas y se entregaron sin reservas a la alegría del reencuentro. El Sr. Pérez abrazó a la Sra. Pérez con la misma pasión con que lo hacía cuando los dos eran jóvenes novios. Y todos, entre aclaraciones entrecortadas y promesas de

explicaciones posteriores, se fueron fundiendo en un abrazo colectivo; las mujeres después de la pesadilla que habían vivido y la tensión del incierto retorno sentían la necesidad de festejar sin sobresaltos y contar los acontecimientos sin interrupciones en una historia compactada que les permitiera externalizarla y tomar distancia de tan bronco episodio.

Inmediatamente iniciaron los preparativos para festejar el regreso de las mujeres y la inesperada posesión del dirigible que les permitiría salir de la isla.

Y sí que festejaron. Varios viajes a la bien surtida bodega del barco les proporcionaron comida y bebida en abundancia y al caer la tarde sentados alrededor de un improvisado fuego, por fin las mujeres contaron cómo se habían desarrollado los acontecimientos sin olvidar la sorprendente aparición de la misteriosa mujer ni su no menos sorprendente desaparición ni la masacre en la cubierta.

El Viejo Vampiro que escuchaba oculto entre las sombras supo así del destino final de la joven Vampira.

Contaron y contaron, volvían a veces sobre algún detalle que sentían no haber señalado suficientemente. Y a cada vuelta del relato el miedo, la rabia y el asco se alejaba de ellas.

Los hombres, sin embargo, oyéndolas experimentaban oleadas de sentimientos encontrados, admiración por el coraje, alivio por la victoria, envidia por el protagonismo épico... y en el fondo un poso de vergüenza por haber permitido que se enfrentaran solas a una situación cuyo peligro era fácilmente previsible.

Callaron por fin, rendidas, como si el relato de lo acontecido les hubiera agotado las últimas fuerzas. Se retiraron para dormir y, sin turnos de guardia, sin preocupaciones, no tardaron en caer en un sueño profundo no exento de inquietas pesadillas.

El Sr. y la Sra. Pérez, tras recoger un par de mantas, se alejaron discretamente del campamento buscando en la soledad del desierto la intimidad necesaria para contemplar el cielo fundidos en un abrazo.

El Viejo Vampiro salió de las sombras para buscar a bordo del barco alguna señal que desmintiera la muerte de la Vampira, vano intento, finalmente encontró sobre un montón de jarcias unos pobres restos de cenizas que el viento no había dispersado, con cuidado ritual los recogió, recortó una tira de seda del forro de su capa y con el mismo cuidado, a modo de mortaja, los envolvió en ella y portando la improvisada bolsa como si de una reliquia se tratase, bajó del barco transido de solemne tristeza.

De vuelta en el campamento se hizo con una pequeña caja que contenía material electrónico, la vació y colocó en ella el paquetillo con las cenizas sobre el que esparció el saquito de tierra de la Tierra que, hasta entonces, había acompañado el sueño de la vampira en su ataúd. Cumplida la ceremonia y resistiéndose a darle sepultura en aquella isla inhóspita depositó la caja en su propio ataúd y, en previsión de la pronta partida, colocó también las bolsas de sangre que la Vampira aún no había consumido, lo transportó a la bodega del barco y, aun anegado de una extraña tristeza, se acomodó en él disponiéndose a esperar la partida de los expedicionarios y su arribada a alguna nueva isla.

Al amanecer, después de un frugal desayuno, hombres y mujeres se dispusieron a recoger el campamento y cargar en el barco todo lo que pudieran meter en las bodegas del mismo. No sabían lo que el futuro les depararía ni lo que podrían necesitar por lo que decidieron llevarse todo y renunciar únicamente, debido a su gran tamaño, a la cápsula en la que habían viajado.

Estibada la carga partieron sin demora en la misma dirección que días antes lo hicieran los forajidos. La Sra. Pérez en el puente de mando, el Sr. Pérez a su vera mirándola con adoración y pendiente de lo que pudiera necesitar.

Capítulo III

LLEGADA A WELLINGTON ISLAND

Llevaban solo dos días de navegación y comenzaban a aflorar los primeros conflictos entre los expedicionarios. El primer encontronazo lo protagonizaron Grizzli y el Dr. Uve, comenzó cuando el Dr. Uve, con modales un tanto groseros quiso hacerse con el catalejo con el que en ese momento Grizzli oteaba el horizonte, se sintió muy ofendido al no conseguir su propósito y se alejó de ella murmurando un despectivo “*Weiba*”, Grizzli, entre dientes le dirigió un “machito de mierda” y siguió vigilando. Pero las reducidas dimensiones del barco y las dificultades para aislarse no ayudaban a diluir los pequeños roces. Se sucedieron distintos episodios; que si el Dr. Uve, en uno de los vaivenes del barco cayó, sin poderlo evitar según dijo, sobre los

pechos de Grizzli; que si Grizzli, en similar ocasión, tropezó y vertió, sin querer, una taza de café caliente en los mismísimos genitales del Dr. Uve.... Cuando éste se levantó de la silla donde estaba, aullando y profiriendo todos los insultos que se le ocurrían, parecía que ya se trataba de una guerra declarada. El coronel Pelea intentó mediar sin ningún éxito y cuando el Dr. O, intentó reconducir la situación se vio a su vez víctima de un virulento ataque por parte del Dr. Uve que le acusaba con un lenguaje soez de querer “beneficiarse a la interfecta”.

El ambiente se enrarecía. Durante las comidas cualquier palabra podía ser malinterpretada y provocar una reacción exacerbada por parte del Dr. Uve o una torva mirada de Grizzli. Ante las primeras señales de problemas, el Dr. Hercio y Bento Ruggiero se escabullían hacia proa y perdían la mirada en el infinito. El matrimonio Pérez, sumidos el uno en el otro, se mantenía ajeno a cualquier conflicto. El resto de las mujeres tampoco intervenía, pero tácitamente apoyaban a Grizzli. Ninguna simpatizaba con el joven que actuaba como si tuvieran que servirle, tendía a esquivar cualquier tarea y con sus continuas críticas y quejas poco aportaba al grupo.

Afortunadamente al quinto día avistaron tierra y la expectativa del desembarco catalizó todas sus energías.

Desde las alturas pudieron apreciar que se trataba de una

isla de tamaño considerable y, a medida que se acercaban, distinguieron una ciudad con lo que bien podría ser un puerto pues allí se encontraban anclados algunos dirigibles con sus respectivas y variadas góndolas.

Arribaron por fin y todos bajaron a tierra menos el coronel Pelea y el Dr. Hercio que permanecieron a bordo encargándose, por precaución, de retirar la escala cuando vieron que los demás se internaban por la ciudad sin ningún contratiempo.

La ciudad era un laberinto de calles tortuosas que no parecían obedecer a otro criterio que el de conectar las distintas casas que se elevaban caprichosamente entre el puerto y la ladera de un monte. Había casas de piedra con cierto aire señorial pero las que más abundaban eran de adobe y madera y en la ladera del monte se hacinaban, formando una barriada, muchas casuchas miserables hechas con todo tipo de materiales de desecho.

Después de callejear observando los distintos edificios de lo que parecía la zona residencial dieron con uno en cuya fachada se leía TOWN COUNCIL –ayuntamiento–, según se apresuró a traducir el Dr. Uve, e intentaron entrar, pero las grandes puertas de madera estaban cerradas y decidieron que en su defecto buscarían información en algún bar, a pesar de que en su recorrido no habían encontrado ninguno. Volvieron a deambular, esta vez poniendo

atención a las señales que pudieran identificar algún comercio o lugar público.

Tras unas cuantas vueltas, buscando las calles más concurridas dieron por fin con una casa en la que por encima de la puerta colgaba un panel de madera con una jarra de cerveza dibujada. Puesto que el edificio no tenía ventanas no podían ver de qué tipo de local se trataba y entraron en él, las mujeres primero, mientras Bento Ruggiero sostenía cortésmente la puerta abierta.

Veinte cabezas y veinte pares de ojos se volvieron hacia ellos en la mal iluminada estancia; cuando sus vistas se acomodaron a la penumbra observaron que, efectivamente, se trataba de un bar, con una barra sin taburetes y varias mesas repartidas por la amplia sala en las que los hombres consumían sus bebidas y en algunas de las cuales se jugaba a naipes. Algunos hombres bebían apoyados en la barra. No vieron ni una sola mujer y no se extrañaron cuando el que debía ser el camarero o el dueño del garito salió de detrás de la barra y explicó en un inglés antiguo que no se admitían mujeres al tiempo que enérgicamente dirigía a estas hacia la puerta.

Con un gesto frenó Lisy el impulso de insurrección de Grizzli y seguida de ésta, de la Dra. Bureta y del matrimonio Pérez, que, desde el reencuentro, más que matrimonio parecían siameses, abandonaron el antro en el que el Dr. O,

el Dr. Uve y Bento Ruggiero permanecieron esperando recibir información útil sobre el lugar donde habían atracado.

Pidieron sendas cervezas que les sirvieron acompañadas de un extraño licor del que ya el olfato advertía de su alta graduación y que desprendían un inconfundible tufo a moho. Solicitó el tabernero el pago inmediato y, cuando intentaron hacerlo con moneda de la Tierra original, concretamente con dólares, se vieron rodeados por todos los parroquianos que les asediaron a preguntas. Dieron explicaciones intencionadamente confusas, en un inglés, que aunque impecable por parte de Bento Ruggiero, les resultaba extraño a quienes lo hablaban en formas muy arcaicas. Esta curiosidad les permitió a su vez hacer preguntas.

Tratábase, según pudieron averiguar, de una isla con dos grandes ciudades. La población en su mayor parte procedente de Estados Unidos y de Inglaterra parecía, según se expresaban, que aún conservaba el más rancio estilo victoriano y no solo en las formas del idioma sino también en las costumbres y el estilo de vida.

Aceptó finalmente el tabernero, como pago por las cervezas y el licor que no habían pedido pero que invariablemente las acompañaba, un reloj “made in Taiwán” que antes de partir de la Tierra el Dr. O había

comprado por 10 euros en un chino y del que se desprendió como si le arrancaran el corazón.

El licor que acompañaba a las cervezas y que comenzaba a causarles un extraño efecto se habría vendido en la Tierra a precio de oro, el reloj que dejaría de funcionar sin remedio cuando se agotara la pila parecía representar un tesoro para el tabernero. Cosas del comercio.

Finalmente abandonaron el local con la dirección del único hotel y algunas direcciones de “viudas muy decentes” que les podrían alojar a módicos precios.

De regreso al barco celebraron conciliábulo para decidir los próximos pasos. Las mujeres deseaban el alojamiento familiar de las casas de las viudas que además sería más económico que el hotel.

En contra se manifestaban el Dr. Hercio, El Dr. O y el Dr. Uve que no deseaban la estrecha convivencia a que les obligaría el alojamiento en una casa familiar, también el matrimonio Pérez se decantó por la opción más impersonal del hotel, a Bento Ruggiero le era indiferente y el Coronel Pelea prefería, como las mujeres, alojarse en una casa familiar.

Después de la experiencia de la taberna y el difícil trueque de reloj por cervezas comprendieron que urgía solucionar el problema del dinero por lo que dieron una batida por el

barco en busca de dinero y joyas o cualquier cosa que pudieran vender.

Un minucioso registro de la cubierta de los marineros no les proporcionó nada de utilidad, sin embargo, en el camarote del capitán encontraron gran cantidad y variedad de monedas y billetes, así como joyas y piezas de orfebrería.

Sospechando que se tratara de género robado decidieron actuar con prudencia y no mercadear con los objetos hasta saber más de sus orígenes. Pasaron a decidir sobre el uso del dinero y cuando el tono de la discusión, entre quienes querían organizar el reparto inmediato y quienes querían hacer un fondo común, amenazaba con agriarse, las mujeres reclamaron para sí el derecho de administrar todos los bienes del barco puesto que al fin y al cabo habían sido ellas las que lo habían conseguido.

Nadie se atrevió a rebatir la lógica de este argumento, unos porque reconocían en las mujeres, sobre todo en Lisy, una mayor habilidad administrativa, otros porque desde la toma del barco las miraban con gran respeto no exento de cierto temor.

Ellas decidieron dotarse y dotar a cada uno de una discreta cantidad de monedas y billetes y conservar el grueso de estos como fondo común al que solo se podría acceder por decisión asamblearia.

Organizaron también turnos de permanencia en la nave puesto que no querían dejar su mejor pertenencia desprotegida. Ante cualquier amenaza, quien estuviera de guardia debería hacer sonar una sirena construida por el Dr. Hercio que, aunque bastante rudimentaria, producía suficiente ruido para ser escuchada a unos cuantos kilómetros de distancia. La escala de cuerdas se recogería en cuanto estuvieran en tierra los que quisieran bajar.

Después de una frugal comida se dispusieron a ir nuevamente a la ciudad con el encargo de gestionar los alojamientos y hacerse una idea de los precios. Bento Ruggiero y la Dra. Bureta permanecieron en la nave montando la primera guardia.

Antes de que cayera la noche volvieron todos al barco a dar cuenta de lo gestionado y recoger alguna ropa.

El matrimonio Pérez se alojaría en el hotel, que, a pesar de que al Dr. Uve y al coronel Pelea les pareció oscuro, sucio y caro, a ellos les brindaba una pequeña sensación de privacidad. Lisy y Grizzli encontraron acomodo en casa de una joven viuda donde también podría alojarse la Dra. Bureta. Al Dr. Uve le gustó la casa y la compañía de una simpática anciana que le trataba con familiaridad y dulzura y donde el coronel Pelea pudo disponer también de una habitación.

El Dr. Hercio y el Dr. O. al no encontrar nada de su agrado decidieron quedarse en el barco y junto a Bento Ruggiero continuar al día siguiente la búsqueda de un hospedaje satisfactorio.

Desconociendo si sería su destino definitivo, se dispusieron a comenzar su vida en aquella isla de la que ignoraban todo y en cuyos habitantes despertaban muchas suspicacias desde que identificaron la nave en la que habían llegado.

La primera noche tuvo más expectativas que sorpresas. La joven viuda, que parecía sumamente satisfecha con la inesperada compañía, sirvió a modo de cena una sopa desabrida que sin embargo parecía haber hecho poniendo en juego sus mejores habilidades culinarias; en contraste con éstas sus dotes narrativas no tenían parangón y durante toda la cena no interrumpió su monólogo ni siquiera para escuchar las respuestas a las muchas preguntas que en él intercalaba.

Poco sacaron en claro sus huéspedes del aluvión verbal de la anfitriona, aparte de que provenía de una acomodada familia burguesa y que su viudedad prematura ni siquiera había dado lugar a la consumación del matrimonio, así como que la repentina transformación de su casa en hospedería obedecía más al espíritu caritativo de su dueña que a sus necesidades crematísticas.

De algunos retazos dedujeron que existían más islas y que en algunas no hablaban inglés, no pudiendo adivinar qué otro idioma utilizaban. De lo que sí pudieron hacerse una idea clara era del opresivo puritanismo que imperaba en la isla donde se hallaban.

Pudieron por fin retirarse a descansar. La habitación que las tres compartían era una espaciosa sala que en origen parecía haber sido un amplio salón y que precipitadamente se había habilitado para dormitorio instalando en él, entre sillones y vitrinas, sendos lechos del tamaño justo para una persona.

Dominando las risas, se disponían a comentar las incidencias de la cena cuando, desde la pieza contigua, unos sollozos contenidos les llamaron la atención y cuando por fin cesaron, posiblemente abatidos por el sueño, también ellas se entregaron a un sueño reparador.

Muy distinta fue la velada para el coronel Pelea y el Dr. Uve a los que la anciana obsequió con una cena en la que se apreciaba la mano de una buena cocinera y durante la cual, si bien la anfitriona se reveló parca en palabras, no por ello dejó de envolver al Dr. Uve en cálidas miradas y de atender al coronel Pelea con amable cortesía. En los días sucesivos, la principal actividad del grupo se centró en explorar la ciudad e ir conociendo a sus habitantes y sus costumbres.

Supieron de la existencia de más islas y más ciudades; que en algunas de ellas hablaban francés y en otras inglés; que las islas de influencia francesa se encontraban hacia occidente y las anglosajonas, más cercanas, navegando hacia el noroeste. Se referían a su tierra de origen como “Antigua” y al archipiélago en que se encontraban como “Lejana”. Supieron también que los piratas a los que había pertenecido la aeronave que ahora ellos gobernaban solían abastecerse allí, en Wellington, y que saqueaban con mayor frecuencia las costas de Nueva Galia.

Se familiarizaban poco a poco con la vida de aquella ciudad, que les resultaba por demás aburrida, y con sus habitantes a los que encontraban estrechos de miras y cargados de prejuicios.

Aunque al conocer el valor de las cosas habían comprendido que el botín arrebatado a los piratas suponía una pequeña fortuna, las posibilidades que allí se les ofrecían de desarrollar alguna actividad eran escasas.

En una casa vecina al alojamiento del Dr. Uve y el coronel Pelea vivía una familia de la que su hija pequeña, una niña de ocho años, trabó amistad con el Dr. Uve al que miraba con arrobo y pedía que le contara historias de su mundo.

Descendía aquella familia de los primeros colonos que llegaron a Lejana, que a su vez pertenecían a una rancia

estirpe de Antigua. Fieles a las tradiciones patriarcales en una larga cadena familiar donde siempre El Padre había oficiado de Ley y Autoridad, interpretando sin dudas y a su arbitrio los mandatos de un Dios omnipresente y punitivo.

Se asentaron en el nuevo mundo con sus viejas ideas, dispuestos a reproducir exactamente no solo los usos y costumbres ancestrales de la familia sino también a recrear la atmósfera de origen reproduciéndola con la réplica exacta de los muebles y enseres de que hasta entonces se habían servido. Entre estos muebles, en el comedor, ocupaba un lugar preferente un viejo aparador, una de las primeras piezas que nada más llegar el “páter familias” se apresuró a construir.

Tintada de oscuro la madera, asentado sobre cuatro sólidas patas, consistía el mueble en tres filas de cajones corridos rematadas por una cuarta fila formada por dos cajones más pequeños. Contenía ese mueble buena parte del espíritu familiar: manteles y servilletas con escuetos bordados, destinados únicamente a señalar su condición utilitaria de mantel; velas, posavasos, cubertería y en el último cajón de la derecha una oxidada caja de latón con las galletas.

Galletas, que, como si de un tesoro se tratase, repartía la madre con avara energía, la misma con que

administraba las escasas caricias que alguna vez dedicaba a sus hijos.

Presidiendo la sala, por encima del aparador, un enorme cuadro en el que sobre un fondo azul y flotando entre nubes, un ojo inscrito en un triángulo lanzaba rayos a su alrededor. El ojo de dios que todo lo ve, lo pasado, lo presente y lo futuro y, como apostillaba el Padre en sus sermones mirando severamente a cada uno de sus hijos, “hasta tus más ocultos pensamientos”.

No era de extrañar entonces que, ante tan rigurosa vigilancia, sus hijos, tres varones y una niña, se hubieran refugiado en una especie de idiocia mediante la cual, sin pensamiento alguno evitaban los pensamientos punibles.

Sometidos a esta férrea disciplina ya los más mayores habían perdido el hábito de hablar y su mudez se veía reforzada por una mirada vacua, que perdida en algún infinito desconocido no acababa de enfocarse en nada. En contraste con esa mirada vacía, permanecían en un estado de continua alerta que, ante cualquier cercanía, les hacía levantar el brazo protegiendo la cabeza en un constante reflejo que hablaba de los incontables golpes recibidos.

La más pequeña, la niña de carita redonda y largas

trenzas aún no mostraba tanta afectación como sus hermanos, pero tampoco era extraño verla interrumpir bruscamente algún juego y quedarse quieta como si un imperativo interior se lo ordenase.

Aquel día la habían dejado sola en la casa, se suponía que a sus ocho años ya podría enfrentarse a los miedos suscitados por los largos corredores y recovecos y el olor a rancio de toda la casa si es que los olores pueden dar miedo. Se entretuvo jugando, se entretuvo leyendo. ¿En qué momento le asalto la tentación de coger una galleta?, ¿fue el hambre?, ¿fue el aburrimiento?, ¿fue la oportunidad de alcanzar en solitario el pequeño placer tan escatimado?...

Atenta a cualquier alteración de los ruidos de la casa, mirando de reojillo el ominoso cuadro del ojo divino, se acercó sigilosa al viejo aparador.

Su cabeza apenas sobrepasaba los últimos cajones. Temiendo oír en cualquier momento que se abriera la puerta y que alguien la sorprendiera en el acto delictivo, abrió el cajón superior, solamente una rendija, lo justo para alcanzar con su pequeña mano la lata de las galletas, abrirla igualmente solo una rendija, coger una y girarse rápidamente con la codiciada pieza en la mano al tiempo que cerraba el cajón. Entonces sintió que con un brusco tirón la sujetaban de la trenza.

Los hermanos fueron los primeros en volver a casa.

Encontraron a la niña en el suelo, muerta, la espalda recostada en el negro aparador, la larga trenza aún enganchada en el último cajón y un rictus de terror congelado en el rostro.

La trágica muerte de su pequeña amiga conmovió profundamente al Dr. Uve que había sido de los primeros en acudir a la desarticulada petición de auxilio de los hermanos.

Se cerró en un mutismo absoluto inaccesible al consuelo que tanto sus compañeros de aventura como la anciana señora intentaban brindarle. No conseguía apartar de su mente la imagen de la niña muerta, el gesto de pánico de su carita.

Culpaba a los padres, no sin razón, de la prematura muerte de la niña y, en las ocasiones en que coincidían, los trataba con tal brusquedad y grosería que hacía temer que en algún momento derivaría en agresión violenta.

Aunque la situación del Dr. Uve fue el detonante tampoco el resto de los expedicionarios se sentía mínimamente a gusto en el cerrado y rígido ambiente de aquella ciudad. Tenían ya suficiente información como para desear conocer otras islas, otras ciudades y explorar las opciones de establecerse en alguna de ellas que les ofreciera un

ambiente más sano y más oportunidades de desarrollarse.

Así pues, reunidos en conciliábulo, en beneficio de todos, pero pensando sobre todo en sacar al Dr. Uve del marasmo emocional en que estaba sumido –aunque eso no se lo dijeron– decidieron abandonar la isla y poner rumbo a Nueva Galia del Sur.

Capítulo IV

ROSA

La travesía hasta Nueva Galia del Sur prometía ser tranquila. La Sra. Pérez no solo maniobraba con gran soltura el dirigible, sino que se había familiarizado con los mapas del lugar y ya no navegaban al azar sino con la seguridad de llegar al destino elegido.

La vida a bordo transcurría en paz y buena armonía, poseídos por un amable espíritu que les incitaba a cuidarse entre ellos y hacerse la vida agradable.

En el camarote del contramaestre encontraron una mandolina y Bento Ruggiero les sorprendió con interpretaciones de diversas piezas del folklore popular con las que en ocasiones acompañaba a Lisy –magnífica

soprano– a la Sra. Pérez –contralto– y en las que los demás, con mayor o menor éxito, hacían los coros. Hasta el Dr. Uve, al que mimaban discretamente, parecía que por momentos salía de su apatía.

Todo parecía marchar bien cuando comenzaron a pasar pequeños incidentes. Primero fueron unos pantalones que la Dra. Bureta echó en falta y que estaba segura de no haber olvidado en Wellington, luego unas botas de Lisy que desaparecieron misteriosamente, los restos de una cena que también desaparecieron sin que nadie los hubiera tocado. Grizzli no quiso decir nada, pero en ocasiones había tenido la sensación de sentirse observada y resolvió poner fin, por su cuenta, a aquella situación.

Esperó a la noche y cuando todos estuvieron acostados y ella en su turno de guardia fijó el timón, amañó un bulto que atado a la rueda y en la oscuridad podía parecer una figura humana y se escondió en el pasillo de acceso a la cocina donde previamente había dejado, bien a la vista, pan y algunas otras viandas.

Ya toda la tripulación dormía, imperaba el silencio pues hasta el ruido de los quemadores del dirigible, puestos al mínimo, parecían absorbidos por la negra noche.

Pasaba el tiempo y ya empezaba a pensar si no estaría exagerando o imaginando fantasmas cuando un ligero roce

la puso en alerta y sin hacer ruido se dispuso a saltar sobre lo que, con pasos muy quedos, se estaba acercando.

Cuando el negro bulto entró en la cocina le saltó encima, pero el grito de espanto de la sombra la contuvo y cuando aun bloqueándole la salida encendió su linterna se quedó paralizada entre la sorpresa y la risa.

Entre las manos, temblando como una azogada y pálida como cadáver, tenía a la joven viuda que las había alojado en Wellington.

El grito despertó al resto de la tripulación que, aun soñolientos, fueron apareciendo en la cocina.

Grizzli presentó su presa, que a la sazón llevaba las botas de Lisy y los pantalones de la Dra. Bureta, al grupo.

La joven viuda miraba con deseo los restos de comida sobre la mesa, tan patente era su hambre como la curiosidad de los demás, por lo que decidieron sacar más alimentos y sentándose a la mesa compartieron varias botellas de vino mientras Daisy, que así se llamaba la polizone, les relataba cómo se ahogaba en el rígido ambiente de Wellington que la condenaba a la vejez en plena juventud, y de cómo había reunido todo su valor y algunas de sus pertenencias más valiosas para, subrepticamente, subir a la nave y escapar.

Les suplicó llorando que no la devolvieran a Wellington donde su escapada tendría como castigo el vacío social, que sería cómo enterrarla en vida.

Unos por simpatía, otros por pena y todos porque no entraba en sus planes regresar a Wellington decidieron por unanimidad que se quedara.

Así, cuando avistaron la costa de Nueva Galia del Sur eran once los que formaban el grupo además del viejo vampiro oculto en la bodega.

Les sorprendió ser recibidos a cañonazos en cuanto estuvieron a tiro de las dos torres de defensa que flanqueaban el pequeño puerto, pero enseguida comprendieron que les confundían con los piratas, anteriores ocupantes de la nave, que tan a menudo habían saqueado su pueblo.

Tras retirarse a prudente distancia, el Dr. Hercio preparó la sirena de alarma adaptándole un sistema de megafonía de forma que sirviera de amplificador para establecer un diálogo con los defensores del puerto. Lisy, la Dra. Bureta y Daisy que hablaban francés, prepararon un escueto mensaje y se apresuraron a hablar por el megáfono. *“Nous ne sommes pas des pirates. Nous les avons vaincus et nous sommes des gens de paix”*.

Despacio y con grandes precauciones, volvieron a

acercarse al puerto, esta vez sin recibir ningún ataque. Cuando finalmente atracaron la nave y descendieron se vieron rodeados por una multitud, en su mayor parte de mujeres, que los miraban entre sorprendidas y admiradas y que les acribillaron a preguntas que Lisy, la Dra. Bureta y Daisy se esforzaban en contestar.

Escortados por la multitud se fueron dirigiendo hacia un edificio grande que parecía servir tanto de aduana como de almacén y taberna. Allí sentados en semicírculo frente a la multitud, y mientras reponían fuerzas con grandes jarras de cerveza, explicaron escuetamente y sin entrar en detalles quiénes eran y cómo se habían apoderado de la nave pirata.

Preguntaron a su vez dónde estaban y si podrían quedarse allí al menos algún tiempo. Supieron así que se hallaban en la villa llamada Olympe de Gouges en memoria y homenaje a la gran revolucionaria feminista de la revolución francesa.

Su permanencia estaría condicionada a como se acoplaran a los usos y leyes del lugar, que, les avisaron, no eran muy comunes. Les ofrecieron alojamiento de cortesía en el único hotel de la ciudad y hacia allá se dirigieron dejando al coronel Pelea de retén en el dirigible.

No les costó adaptarse a las costumbres del lugar pues en contraste con Wellington allí la gente era amable y bien humorada, no había normas rígidas y parecía que la mayor

preocupación de sus habitantes era velar por el bienestar de los demás. A pesar de tratarse de una población pequeña, calcularon que no sobrepasaría los 5.000 habitantes, era bulliciosa y en ella se desplegaba una gran actividad.

Llamaba poderosamente la atención el mayor número de mujeres que de hombres y que estos últimos parecían ocupar siempre posiciones subalternas, escribientes, recaderos, mozos de cuerda.... Las mujeres sin embargo se ocupaban de regir el buen funcionamiento de todo, gobernaban las naves y el puerto, dirigían una pequeña fábrica de cerámica que producía gran cantidad de objetos, desde ladrillos hasta refinados utensilios de uso doméstico e incluso algunas extrañas piezas que no supieron deducir el uso al que estaban destinadas. Para cualquier cosa que desearan los recién llegados siempre había una mujer a la que dirigirse.

Curiosamente sus ropas eran sencillas y cómodas, lejos del encorsetamiento decimonónico que presidía la moda en Wellington. Pero lo más curioso era la naturalidad con que se relacionaban amorosamente entre ellas. Besos y abrazos se repartían sin reservas y no tardaron en descubrir que la mayoría de los hogares estaban formados por parejas femeninas, que no existían parejas hombre-mujer de forma estable, aunque en determinados periodos se reunieran con el fin, según les explicaron, de procrear.

Las horas se organizaban con una disciplina monacal y el trabajo se repartía equitativamente. Cuatro horas de trabajo en las distintas tareas que hacían al mantenimiento de la ciudad, dos horas dedicadas al estudio en lo que llamaban el consejo del conocimiento y dos horas dedicadas al ejercicio físico en lo que llamaban el consejo de la lucha, en él se realizaban ejercicios gimnásticos de agilidad casi siempre encaminados a la preparación para la lucha cuerpo a cuerpo con la que culminaba las horas de permanencia en el consejo; disponían del resto del día para dedicarlo a lo que cada una quisiera.

Los hombres no participaban de estas actividades, sino que dedicaban todo su tiempo al trabajo de sostenimiento de la ciudad, a cuidar de los niños, siempre en compañía de una mujer, y a estar a disposición de lo que las mujeres mayores, que se reunían en el consejo de la edad, les ordenaran.

Los niños más pequeños vivían con sus madres, aunque éstas siempre contaban con la ayuda de otras mujeres que no tenían hijos y de algunos hombres; durante el día disponían de “casas nido” donde estaban a cuidado de hombres y mujeres. A partir de los seis años disponían de sus propias viviendas que compartían en grupos de entre 8 y 12 al cuidado de un hombre y una mujer. Los niños gozaban de libertad para intercambiarse entre los distintos grupos. Tenían, eso sí, la obligación de asistir tanto al

consejo de conocimiento como al de la lucha. A partir de los 15 años tenían autonomía para organizarse.

A las mujeres de la expedición no les resultó difícil adaptarse a esa forma de vida. Pronto descubrieron que no era necesario dejar a nadie de retén en la nave y mientras los hombres deambulaban por la ciudad las mujeres se fueron incorporando a las distintas actividades. Grizzli adquirió gran influencia en el consejo de la lucha donde innovó el estilo que allí se practicaba, basado sobre todo en el boxeo y la lucha greco-romana, introduciendo técnicas de las artes marciales orientales y de capoeira.

Todas, hasta Daisy, asistían al consejo del conocimiento donde tuvieron la oportunidad tanto de aprender como de enseñar.

La adaptación de los hombres fue más irregular, sin cabida en ninguno de los consejos deambulaban por la ciudad sin objetivo alguno, a veces subían a su nave para realizar tareas que no cubrían otra necesidad que la de mantenerse ocupados. Curiosamente y en contraste con las mujeres sintiéndose siempre objeto de una amable vigilancia.

Poco a poco su deseo de hacer algo útil y su disponibilidad para cualquier tarea fue venciendo las suspicacias iniciales y cuando descargaron el tesoro de los piratas con la intención de que cada cual recuperase lo que le había sido

expoliado cayeron las últimas barreras y todos, hombres incluidos, fueron aceptados sin reservas.

A petición de Grizzli, el coronel Pelea fue admitido en el consejo de la lucha donde introdujo las ideas de táctica y estrategia y con gran esfuerzo y la ayuda de Daysi transcribió las ideas fundamentales de “El arte de la guerra” que conocía de memoria.

Los favores sexuales del Dr. Uve estaban muy solicitados, también los del Dr. O, pero, curiosamente dejaron de estarlo cuando aumentó ostensiblemente el número de embarazadas.

El matrimonio Pérez entretenía su tiempo diseñando máquinas e ingenios y buscando utilidad a los distintos materiales que encontraban. El Dr. Hercio a veces se sumaba a estas tareas.

Bento Ruggiero se interesaba por los instrumentos musicales y algunas noches ofrecía conciertos espontáneos que hacían las delicias de un público cada vez más numeroso que ya le solicitaba las piezas de más éxito.

En ocasiones, las mujeres preparaban con hierbas autóctonas una bebida que causaba alucinaciones y otras alteraciones en la percepción.

En una de estas ocasiones la Dra. Bureta debió de

sobrepasar la dosis recomendable, Bento Ruggiero interpretaba “Alfonsina y el mar” al clavicordio y la Dra. Bureta ensimismada, parecía hallarse en otra dimensión, y es que así era: transportada por la música y el ambiente a un mundo de recuerdos se encontraba en aquel instante en Madrid, a finales de los 60 en “El Avión” piano bar.

Grizzli y el Viejo Vampiro la miraban con preocupación. Gruesos lagrimones resbalaban por sus mejillas, aunque su rostro permanecía impasible.

“El Avión” piano bar era, en el Madrid de finales de los 60, varadero de sueños de un mundo mejor, puerto donde recalaban rojos, estudiantes y bohemios que por un módico precio podían naufragar en combinados alcohólicos, acompañados de una abundante guarnición de pipas y cacahuètes cuyas cáscaras alfombraban el suelo.

Trascendentales conversaciones inspiradas por el efluvio etílico revolucionaban el arte o la política y ocupaban el espacio acústico. Hasta que por una puerta lateral aparecía Don César y, despertando la expectación de la clientela, se sentaba al piano; en ese momento cesaban las conversaciones y se hacía un silencio reverencial en el que se abrían paso las primeras notas, las distintas piezas se sucedían sumiendo a cada uno en sus propios sentimientos para, finalmente, alcanzar el

clímax cuando acometía los primeros acordes de “Alfonsina y el mar”, a lo largo de cuya ejecución amargas lágrimas, por antiguos y nuevos desamores, caían en las copas de los parroquianos, dando a sus bebidas el auténtico amargor de las profundas penas.

Fue allí donde lo conoció. Moreno, alto, guapo y simpático. Manejando hábilmente las palabras, la fue envolviendo en ellas como en un baño tibio y enjugando sus lágrimas una a una hasta que finalmente le arrancó una sonrisa. Se llamaba Lucio Bureta y asistía a clases de postgrado en la facultad de químicas donde Rosa impartía clases como profesora no numeraria en los primeros cursos.

Rosa ya era Frau Bureta cuando accedió a la cátedra y a su amparo Lucio iba abriéndose camino en la comunidad científica. Fantaseaba ella y fomentaba estos sueños él, en hacer nuevos descubrimientos, en abrir nuevos caminos por los que avanzara la ciencia.

La recién estrenada Frau Bureta se sentía como una nueva Madame Curie y, de natural generoso, no tenía inconveniente en compartir con su marido la autoría de sus trabajos, aunque la participación de él hubiera sido escasa o nula.

Enamorada, se movía en un mundo distorsionado que

magnificaba las virtudes de Lucio e ignoraba sus defectos. Mundo de hombres en el que Frau Bureta trabajaba con tesón y Lucio Bureta recogía los honores de tanto esfuerzo.

No fue la miseria de lo cotidiano con su carga destructiva lo que quebró el espejismo. Fue un hecho accidental que Frau Bureta encontrara el frasquito que le desveló la verdad.

Buscaba en el laboratorio de su marido un reactivo que faltaba en el suyo cuando el misterioso frasquito sin etiquetar cayó en sus manos. Enojada por el riesgo que en un laboratorio suponía tener sustancias no identificadas, se aprestó a subsanar el fallo, no necesitó analizar el contenido, nada más abrir el frasco un fuerte olor a ruda le hirió el olfato y le heló el corazón.

Comprendió de golpe que la causa de sus sucesivos abortos no estaba en su supuesto útero inhóspito, incapaz de albergar una nueva vida, como hasta entonces creyera. Cayó la venda del amor, y la vileza y maldad de su adorado Lucio quedaron al descubierto. El hielo de su corazón se extendió por todo su cuerpo en forma de ira fría y el deseo de destruir al infame ocupó todo su pensamiento.

Incapaz de respirar el mismo aire que el respiraba,

excusó su presencia en la universidad y emprendió viaje sin concretar destino aduciendo la necesidad de documentarse para un indeterminado ciclo de conferencias. La infinita vanidad de Lucio impidió que recelase de tanta ambigüedad y pudo ella, sin otro objetivo que alejarse de él, recorrer errabunda en su viejo dos caballos buena parte de las zonas más despobladas del país.

Alternando con la carretera daba largos paseos por bosques y jardines, montes y riveras, al principio sin otro objetivo que buscar algo de paz, de tratar de comprender cómo encajaban en su vida los hechos traumáticos que había descubierto; pero pronto, y casi inconscientemente, recolectando todas las plantas venenosas que encontraba a su paso. En el tiempo récord de diez días se había hecho con suficiente cantidad de venenos como para organizar una matanza.

Tejo, cicuta, belladona, amanita... con cada planta nueva se perfilaba y adquiría nitidez la forma de su venganza.

Comprendiendo que no podía llevar a su laboratorio en la universidad tal colección de plantas venenosas fácilmente reconocibles por cualquiera, pasó al vecino Portugal donde alquiló una pequeña casa, compró un alambique y poco a poco se hizo con el material básico

para destilar las plantas y envasar los venenos de forma segura.

Cuando se sintió capaz de disimular su odio y comprendió que disponía ya de sobradas armas para su propósito, emprendió el regreso.

Una nueva sorpresa le estaba esperando. En su ausencia Lucio había inscrito como propio su último trabajo y ya había concertado una conferencia para presentarlo. Por la lista de invitados, se esperaba una nutrida asistencia de la comunidad científica y por supuesto de todos los doctorandos y estudiantes de los últimos cursos.

Marta, su secretaria, le dio la noticia sin disimular la indignación que toda la situación le producía, máxime cuando en su ausencia se habían incrementado los pellizcos en el culo, los roces en el pecho y las insinuaciones lascivas con las que Lucio la obsequiaba a la menor oportunidad. No le ocultó el descontento que reinaba entre los estudiantes debido a la intemperante conducta de su marido. Le insinuó que algo se estaba preparando, por si quería intervenir para evitarlo.

“No me llames Frau Bureta, llámame Rosa”. Fue su contestación y continuó “te agradezco el aviso, no pienso asistir a la conferencia”.

Entendió con ello Marta que por su parte tenían vía libre.

La intención de no asistir de su esposa tranquilizó a Lucio, que a pesar de que sus excusas... “lo necesitaba para el currículo”... “al fin y al cabo los derechos de autor serán bienes gananciales” y otras sandeces, parecían haberla calmado, temía un exabrupto de última hora.

Y llegó el día de la anunciada conferencia.

El Aula Magna estaba a rebosar, los colegas y autoridades ocupaban las primeras filas, los estudiantes el resto e incluso los que no habían conseguido sitio se repartían sentados en los escalones.

Lo inusitado de tamaño concurrencia no despertó la suspicacia del conferenciante, sino que alimentó su vanidad y engordó su ego. No captó los comentarios sotto voce ni las risitas disimuladas de los estudiantes.

Comenzó presentándose como el Dr. Lucio Bureta, agradeciendo a los asistentes su asistencia y a las instituciones su apoyo y colaboración.

Ni una mención a su esposa, verdadera autora de la ponencia. A continuación, una breve presentación de la ponencia e inmediatamente indicó a Marta, que estaba en el retroproyector, que proyectara en primer acetato

“donde verían una molécula de...” las carcajadas del público cortaron en seco su discurso.

El acetato proyectado mostraba una caricatura de su mujer con un tubo de ensayo en una mano y un bolígrafo en la otra escribiendo sobre un folio, debajo de la mesa, su propia caricatura con un antifaz de caco en actitud de robar los folios ya escritos.

Aún no había comprendido lo que pasaba cuando se proyectó un segundo acetato que mostraba, también en caricaturas, a él en actitud lasciva con la mujer del decano. A gritos ordenó que se apagase el retroproyector, pero sus gritos no se oían ahogados por las risas y el alboroto general.

Bajó de la tarima y se dirigió, furibundo, hacia Marta y el retroproyector, pero un muro de estudiantes le cortaba el paso. En pantalla un nuevo acetato le mostraba pellizcando el culo de una alumna. Por fin, se encendieron las luces de la sala.

Lucio, a gritos, acusaba a los estudiantes de sabotaje y les amenazaba con infinitas represalias antes de salir zarandeado por la multitud, fracasado su intento de hacerse con los humillantes acetatos. El decano había desaparecido y las autoridades académicas abandonaban la sala en silencio por un lateral moviendo

la cabeza en un gesto mudo de desaprobación, que en algunos contrastaba con una media sonrisa de íntima satisfacción y divertimento.

Frau Bureta, que escondida entre los ocupantes de las últimas filas había sido testigo de todo lo acontecido, salió discretamente y previendo un violento ataque de cólera se dirigió a un hotel sin pasar siquiera por su casa donde previamente había dejado una botella del whisky favorito de Lucio adobado con una buena dosis de destilado de amanita phalloide y otras hierbas.

El hotel elegido, en un bello entorno a las afueras de la ciudad contaba con servicio de masaje, baño turco y un gimnasio donde monitores de distintas disciplinas atendían a los huéspedes. Disfrutando de todo el paquete ofertado y de buenas lecturas paso allí tres días de descanso y autocuidado. Al tercer día, calculando que ya el envenenado estaría presentando los primeros síntomas, volvió a su casa.

Lo encontró convulsionando en un charco de heces y vómito.

Para asegurarse su silencio antes de llamar a urgencias, le obsequió –“esto te aliviará un poco”– con una pequeña dosis de destilado de adelfa.

Luego vertió por el retrete los restos del whisky y todos

los destilados venenosos poniendo buen cuidado en lavar los envases.

Cuando llegaron los sanitarios ya la adelfa hacia su efecto y la glotis inflamada le impedía hablar y le dificultaba la respiración.

Aunque tenían claro que algún veneno había ingerido, ni en urgencias ni los especialistas consiguieron averiguar de qué se trataba. Considerando los últimos acontecimientos todos dieron por hecho que se trataba de un intento de suicidio. Quedó hospitalizado y Rosa, su esposa, no se separó de su lado en los tres días que duró la agonía. Si en algún momento la compasión amenazaba con asaltarla le bastaba llorar por sus hijos no nacidos para blindar su odio. Comprobando que no recuperaba el habla, le susurraba al oído cada una de las vilezas que le había perdonado y las que nunca le perdonaría.

Cuando por fin murió no se sintió eufórica y triunfante sino que se sintió vacía, abandonada de toda motivación tanto de carácter profesional como de relaciones humanas.

Su casa, la que compartiera con él, se le hacía inhabitable y además temía el resultado de las indagaciones iniciadas por la policía.

Al tener noticias de la expedición que se preparaba no dudo en inscribirse.

Bento Ruggiero dio por terminado el concierto, y los asistentes comenzaron a dispersarse camino de sus casas. Grizzli y el Viejo Vampiro acompañaron a la Dra. Bureta hasta su alojamiento, mientras caminaban, fue saliendo despacio del extraño estado de trance en que se encontraba sin dejar de repetir “me llamo Rosa” “me llamo Rosa”.

Capítulo V

MÁS QUE MELLIZOS

A pesar del amable ambiente imperante en la Villa Olympe de Gouges, el matrimonio Pérez no acababa de encontrar su lugar. El fuerte vínculo que les unía dificultaba el establecimiento de otras relaciones y después de explicar, cribado y adaptado, su saber en el consejo del conocimiento, ambos sentían la necesidad de desarrollar sus propias ideas y de plasmarlas en artilugios nuevos que facilitara a todos la vida en aquel planeta de mares indómitos.

Juntos y como si de un juego se tratara, habían imaginado un ingenio en forma de huevo que llevaría fijado en su parte más angosta un tubo flexible abierto en los extremos y que gracias a un sistema de flotadores en el extremo que permanecería en la superficie, permitiría la entrada de aire

en el interior taponando la entrada cuando el tubo se sumergía.

Lastrado con materiales pesados en la parte ancha, que formaría su base, impediría que el huevo volcara y lo mantendría en posición vertical, un cinturón externo de sedales y anzuelos en su línea ecuatorial y una cesta de mimbre formaban el artilugio de pesca.

La Dra. Bureta, que ahora solo aceptaba que la llamaran Rosa, se unió a la empresa y colaboró en la construcción del extraño objeto.

Finalmente llegó el momento de fletar el invento y ver cómo se comportaba.

A pesar de no haber avisado de lo que iban a hacer, el proceso de fabricación había despertado la curiosidad de algunas mujeres asiduas al consejo del conocimiento que desde el borde de un acantilado querían presenciar el acontecimiento.

El matrimonio Pérez acompañado de Rosa se situaron en un saliente rocoso desde el que lanzaron el huevo al mar. Durante cinco minutos vieron con satisfacción como el huevo flotaba y se comportaba según lo esperado para pasar a continuación a sucumbir destrozado por las furiosas olas que lo lanzaban con fuerza contra las rocas de la costa.

Rosa contempló estupefacta como el fallido experimento provocaba la hilaridad del matrimonio que se retorció de risa y se abrazaban entre carcajadas, pareciendo con ello celebrar el desguace de su criatura. Ni siquiera intentaron recuperar los restos. La corta vida del engendro les había ofrecido la oportunidad de hacerse una idea de los elementos válidos y de lo que habrían de modificar.

De vuelta a la ciudad, ya iban pensando sus próximos pasos. Sopesaba el matrimonio la oportunidad de hacer partícipes de su proyecto al resto del grupo, pues, aunque eran conscientes de que una mayor participación facilitaría su realización, no tenían costumbre de trabajar con un grupo numeroso y su experiencia vital les hacía desconfiar de cualquier forma de sociedad humana.

En cualquier caso, de alguna manera tendrían que canalizar la expectación que, tanto el proceso de fabricación como el ensayo, habían despertado entre sus conciudadanas.

Rosa, que desde su experiencia alucinatória en el concierto de Bento Ruggiero, parecía florecer y no paraba de expresar nuevas ideas y manifestarse como una persona amena y dicharachera, intervino ofreciéndose para tutelar el grupo que se formara e incluso para desarrollar nuevas ideas dirigidas a domoñar el mar bravío y a sacar provecho de sus riquezas.

– ¿No sería más fácil construir una gran grúa que sostenga una red que arrojaríamos al mar y subiríamos cuando su peso indique que hay una buena captura?

La idea pareció buena al matrimonio Pérez que la aceptó de inmediato, y aún más, el ofrecimiento que les liberaría de tener que relacionarse estrechamente con el grupo y les permitiría dedicarse a otras actividades más de su gusto.

Lo primero que pensaban hacer era volver a Desolación y cargar en el dirigible los materiales que habían tenido que dejar y la carcasa de la cápsula en la que habían viajado desde Antigua, confiando en la mayor resistencia de ese material.

Expusieron el proyecto a sus compañeros como una decisión ya tomada en la que no había cabida para nadie más que ellos, evitando hábilmente los ofrecimientos de ayuda, sobre todo de los doctores Uve y O que se sentían exhaustos y temían ver agotada su virilidad.

Sí que aceptaron ayuda al acometer los preparativos del viaje, aunque la carga que estibaron consistente principalmente en víveres no era demasiado pesada, pero comprendieron la necesidad de permanecer en contacto y pidieron al Dr. Hercio que estudiara las posibilidades de crear algún artilugio que sirviera para ese fin. Pertrechados, pues, con víveres y una radio primitiva, gentileza del Dr.

Hercio, con cierta sensación de alivio por el abandono de tanta humana compañía, emprendieron viaje poniendo rumbo a Desolación.

Finalizadas las maniobras para salir del puerto y habiéndose alejado ya suficientes millas, con el dirigible en marcha autónoma. Libres por fin de toda presencia humana, se tumbaron en la cubierta y, sumergidos en el cielo infinito y cogidos de la mano, se abandonaron a un placer que les remitía a las primarias sensaciones de fusión.

Cuando en la tranquilidad del útero materno sus embrionarias manitas se buscaban con riesgo de romper las bolsas amnióticas.

Desde que abrieron los ojos a la cegadora luz de la sala de partos, pareciera que los humanos que les rodeaban no tenían otro objetivo en sus vidas que separarles, a lo que ellos se oponían administrando sabiamente sus escasos recursos.

Se turnaron para llorar y berrear hasta que una cuidadora recién llegada de Guinea observó que poniéndolos juntos en la misma cuna se serenaban, pero como semejante medida iba contra las normas de la clínica –le dijeron– y que cómo se atrevía a cuestionarlas ella, la última que había llegado, y encima negra, (eso no lo dijeron, pero ella lo sobreentendió), solo podía

ponerlos juntos cuando en las guardias de noche no había supervisión.

Su madre temblaba pensando en el momento en que sola en casa tendría que escuchar el continuo llanto; afortunadamente la sabia cuidadora negra, que entre sus rollizos brazos y sus exuberantes senos era la única capaz de abrazarlos juntos y sosegarlos, encontró un momento oportuno para confesarle a la madre que las criaturas lo único que pedían con ese llanto incomprendido era el contacto del uno con el otro.

Y, gracias a sus consejos, cuando les dieron el alta y la madre regresó a casa con sus hijos no se produjo la situación temida. Felices los pequeños juntos en una cuna y juntos en un corralito. Pero no todo fue sencillo, la madre tuvo que aprender a mentir después de que una pediatra la embroncara, los gritos se oyeron por los pasillos, cuando ingenuamente, le contó sus hábitos de crianza. A partir de entonces mentía sin remordimientos y, por si se daba el caso de una visita domiciliaria de los servicios sociales, se proveyó de dos cunas ostentosamente vestidas una de rosa y otra de azul.

Peor fueron las sucesivas escolarizaciones. Alguien había decidido que lo pedagógico, lo educativo, lo sano, lo bueno, lo higiénico... era separar a los hermanos gemelos o mellizos, para que cada uno desarrollara su

propia personalidad y esa opinión se tornó norma incuestionada e incuestionable porque siempre resultó más fácil acatar que pensar.

De nada valían las advertencias de la madre. La pedagogía había hablado y ¿quién era una simple madre para cuestionar a todo un estamento profesional? Como resultado, la historia escolar de los mellizos se convirtió en una sucesión de conflictos, castigos y escapadas, que no solo afectaban a las evaluaciones escolares sino también, y eso fue decisivo, al carácter de las criaturas que cada día se volvían más tristes y agresivas.

Finalmente, y tras mucho darle vueltas, muchas reflexiones y muchas discusiones maritales, decidieron buscar un colegio donde los hermanos pudieran permanecer juntos. Lo encontraron en una pequeña aldea perdida en los montes que, quizás porque la administración la había olvidado, quizás porque entre la vieja maestra y el joven alcalde falseaban los datos, contaba con una escuelita unitaria donde los escasos niños del pueblo, y algún adulto con inquietudes culturales tardías, asistían a las clases que la vieja maestra impartía adaptándose a las necesidades y características de cada alumno. Al borde del cierre por la insuficiencia de alumnado los mellizos fueron recibidos con los brazos abiertos; allí nadie intentó separarlos y vivieron años felices tanto los padres como los niños.

Los padres, ante la dificultad de mantener sus respectivos trabajos en la capital, habían comprado una finca en la que construyeron un pequeño hotel y en la que además ofrecían para organizaciones y grupos la posibilidad de acampada con diversas rutas por la montaña y experiencias de supervivencia en la naturaleza. Tras dos años de precariedad y vicisitudes, tanto el hotel como las distintas ofertas de actividades se convirtieron en un negocio floreciente que daba trabajo a algunos jóvenes del pueblo.

En estrecho contacto con la naturaleza y gozando de unas condiciones de aprendizaje privilegiadas en las que tanto sus padres como la anciana profesora se esforzaban por estimular su innata curiosidad y valoraban la originalidad de sus ideas, tanto el niño como la niña desarrollaron una inteligencia despierta, una curiosidad viva y gran habilidad para construir distintos artilugios, algunos de los cuales eran prácticos y de utilidad, otros simplemente respondían al divertimento de los chicos por plasmar en objetos sus extravagantes ideas.

Pero un mal día, para desgracia de todos, llegó al pueblo una catequista. Mujer hipócrita, chismosa, indiscreta y lenguaraz, de lágrima fácil y corazón duro, no tardó en hacerse ama de llaves del cura y conocedora de secretos e intimidades de todos los vecinos. La

chiquillería del pueblo no dudó en apodararla “La Sacristana”.

Durante su estancia en el pueblo se alojó en el hotel de los Pérez pero, por su carácter inquisidor y dogmático, en poco tiempo consiguió que toda la familia la rehuyera y ninguno la tratara más allá de las obligaciones de hospedaje.

La ausencia de los hermanos en sus sesiones de catequesis era tan notoria como la indiferencia de los padres ante tal hecho lo que, según ella, además de un agravio personal, suponía un grave riesgo de que cundiera el mal ejemplo entre la escasa juventud del pueblo y con ello se cuestionara la necesidad de sus enseñanzas.

Contaba la arpía entre sus raras habilidades la de hacer interpretaciones vergonzosas de cualquier acto o hecho que llegara a su conocimiento, así, no dudó en atribuirle un contenido sexual a la manipulación de la cremallera del pantalón de la niña por parte de su hermano cuando en realidad lo que pasaba era que el cursor se había atascado; tampoco dudo en comentarlo de forma venenosa, –“no se lo digas a nadie pero los vi en juegos sexuales”– con todos aquellos a los que podía escandalizar y que a su vez propagarían el infundio adornándolo con morbosos detalles imaginarios.

Poco tardó en hacérseles irrespirable el ambiente del pueblo a los dos hermanos que a la sazón contaban ocho años de edad. Los que hasta el momento habían sido sus amigos y compañeros de juegos y aventuras ahora les rehuían y si por casualidad se cruzaban evitaban mirarlos a los ojos; por fin uno de ellos se atrevió a confesarles “mi madre no me deja que os ajunte” “Es por algo que le ha dicho la sacristana”.

Creció la calumnia y el incesto se convirtió en estupro. La atmósfera del pueblo se hacía cada día más irrespirable pues no solo los Pérez eran blanco de la venenosa lengua de la sacristana. Se jubiló la anciana maestra que abandonó el pueblo con una mueca de asco; dimitió el alcalde y la ira de sus ojos presagiaba futuras venganzas. No fueron pocos los vecinos que siguieron su ejemplo y buscaron acomodo en pueblos cercanos.

Los Pérez pusieron en venta el hotel rural, rechazaron varias ofertas de gente bien intencionada pero finalmente consiguieron su objetivo de venderlo a buen precio a unos sujetos malencarados que sobre todo se interesaron por las condiciones de aislamiento.

Los niños Pérez habían preparado una buena despedida:

Cuando el camión de la mudanza estuvo cargado desaparecieron apenas unos minutos, recuperaron dos cajas agujereadas y atadas que habían estado escondida en un rincón del garaje y armados con unas pinzas de mango largo, un palo y la llave maestra que sus padres guardaban en el mostrador de recepción penetraron sigilosamente en la habitación de la sacristana que, entretenida, observaba desde el porche, con aires de triunfo los preparativos de la mudanza.

De una de las cajas, con sumo cuidado y haciendo caso omiso de sus amenazantes silbidos, sacaron una víbora hocicuda y con gran habilidad la envolvieron en el camisón de la sacristana. La siguiente caja contenía una variedad de cajitas más pequeñas cada una de las cuales albergaba un magnífico ejemplar de alacrán. Los fueron acomodando en las zapatillas y zapatos que sabía usar la sacristana con mayor frecuencia, hecho lo cual volvieron al patio de la entrada y, con expresión inocente, se acomodaron en el coche que los llevaría a su nuevo destino.

Pusieron rumbo a la costa siguiendo la estela de la vieja maestra que ya se había instalado en una hermosa ciudad abierta al mar y se afincaron en un pequeño cortijo a media ladera de una montaña frente al mar.

Allí crecieron tranquilos y felices y, aunque no asistían

a la escuela, asesorados por la anciana maestra se beneficiaron de los distintos saberes que les brindaban una serie de extraños tutores que ocasionalmente encontraban refugio en el cortijo.

Ya de adultos y fallecidos sus padres, vendieron el cortijo, reunieron todos sus bienes y marcharon del país cruzando el océano.

A fin de evitarse los conflictos que les habían perseguido a lo largo de su vida, se hicieron pasar por matrimonio y se instalaron en un país donde pudieron acceder a estudios reglados y finalmente obtener la titulación él de ingeniero y ella de piloto de aviación.

No tardaron en encontrar trabajo, él como profesor en un instituto, ella como piloto en una línea de vuelos comerciales. Parecía que finalmente en aquel país tropical habían encontrado el remanso de paz que deseaban.

Aun así, las malas experiencias tempranas habían dejado en ellos una impronta de desconfianza hacia la humana sociedad que les llevaba a aislarse en un mundo de dos tan autosuficiente y simbiótico que ni siquiera las palabras eran necesarias.

Sabían, por sus conversaciones con otros mellizos y gemelos que algunos de ellos sentían que no habían

podido desarrollar todo su potencial, se sentían coartados en determinados aspectos, “como un árbol pequeño que creciera a la sombra de uno más grande”.

Ellos, por el contrario, al separarse sentían como si les quitaran una parte de sí mismos y el sentir era tan intenso que hasta les producía dolor físico.

Aunque consideraban que el presentarse como matrimonio había sido una decisión acertada no podían evitar vivir en un estado de continua alerta temiendo encontrarse con alguien que les hubiera conocido anteriormente.

Esto, junto con su espíritu aventurero, fue decisivo para que al tener noticia de la expedición que se preparaba se presentaran voluntariamente y dada su preparación y sus habilidades fueron seleccionados sin ningún problema. Hubo, eso sí, un último momento de tensión cuando les presentaron al resto de los expedicionarios, pero al comprobar que no conocían a ninguno respiraron aliviados.

Ahora, por fin libres de persecuciones sociales, en una tierra nueva, extraña, que no dejaba de sorprenderles, querían sacar adelante proyectos y emprender aventuras sintiendo que definitivamente habían encontrado su sitio

aunque, por elemental prudencia y porque no sentían la necesidad, decidieron guardar en secreto su secreto.

Capítulo VI

BENTO RUGGIERO

En ausencia de los Pérez y privados de la nave de la que Bento Ruggiero y el Dr. Hercio habían hecho su vivienda habitual, pasaron estos a vivir en la casa que habitaran los Pérez que, gracias al expansivo carácter de Bento se fue convirtiendo en centro social de los expedicionarios y, aunque desde el principio huyeron de formalidades, la fuerza de la costumbre estableció un día del calendario lunar vigente en Lejana y con ello una periodicidad; también la costumbre hizo que nunca faltaran ni viandas ni bebidas de distintos tipos que hacían que las reuniones trascurrieran en un ambiente festivo convirtiéndolas en animadas tertulias donde cada uno según su agrado contaba anécdotas de sus vidas, situándolas en un mosaico de tiempos y paisajes de forma que, aun sin proponérselo,

inevitablemente, iban dibujando con ello retazos de la Historia del planeta que habían abandonado.

Bento Ruggiero actuaba de atento anfitrión y a veces amenizaba el ambiente con alguna improvisación musical. Grizzli, Lisy, Rosa, y el Viejo Vampiro eran asiduos. Los doctores O, Hercio y Uve asistían ocasionalmente. El coronel Pelea, reacio al principio, cuando finalmente venció sus reticencias y acudió, se convirtió en el que nunca faltaba. Tampoco faltaban algunas jóvenes autóctonas que se interesaban por esas historias que les hablaban del lejano mundo de sus orígenes.

Daisy, ajena a la cultura feminista de Olympe de Gouges y con poco interés por el mundo de sus orígenes, fue la última en unirse y solo lo hacía cuando intuía la presencia del Dr. Hercio.

Fue Bento Ruggiero quien abrió el camino, quien destapó la caja de los truenos.

Imagino –dijo– que nadie pensará que Bento Ruggiero sea mi verdadero nombre. Para bautizarme así habría hecho falta un sentido del humor del que mis padres carecían. El nombre que ellos me pusieron no os lo diré. He puesto tanto empeño en olvidarlo que finalmente lo conseguí, igual que olvidé el nombre de mi padre, dicen los psiquiatras que con ello lo he matado,

simbólicamente, claro. Mi madre se llamaba Amelia, ella sí que murió de verdad precipitada a la muerte, antes de tiempo, por las palizas de mi padre y los sinsabores de la vida. Cuando murió yo debía de tener alrededor de los 8 o 9 años, pero me fui de casa para no volver.

Con algo de miedo a la calle y a lo desconocido, aunque nada podía ser peor –me decía para animarme–, que la que hasta entonces fuera mi casa sin la única persona que nos había defendido, a mí y a mis hermanas, de la arbitrariedad de mi padre y de su furia homicida cuando volvía, oliendo a alcohol, del trabajo o de alguna de las vigiliass parroquiales de la llamada “adoración nocturna”.

No sé como pude sobrevivir. Alejándome de mi antigua casa lo más posible vagabundeaba por la ciudad buscando el sol de las mañanas y el agua de las fuentes, solo me acercaba al barrio en las horas que sabía que mi padre no estaba por allí; los distintos tenderos de los que en vida mi madre fue cliente, apiadados de mí, me daban algo de comer, un pan... una salchicha... a veces una loncha de jamón.

Aunque me ofrecieron la posibilidad de llevar la compra a algunos clientes nunca acepté, no por holgazanería sino por miedo a que algún vecino me reconociera y contara a mi padre de mi paradero. Sabía

que los tenderos del barrio, que habían conocido a mi madre con la cara amoratada o algún brazo escayolado, no me delatarían.

Las noches eran lo peor, aprendí a hacerme pequeños nidos con periódicos y cartones, ocultos en los setos o bajo las ramas de algún árbol en el parque, pero aun así cualquier ruido me alarmaba. Nunca me arrimé a otros vagabundos, niños ni adultos, había desarrollado una desconfianza visceral hacia los humanos.

En mis andanzas, eran visitas obligadas las paradas de los autobuses, donde, ocasionalmente encontraba algunas monedas que la precipitación de los viajeros había dejado caer. Con ellas conseguía algo de comida para no cansar con mi mendicidad a los amables tenderos del barrio.

Estábamos a principios del otoño y ya el frío nocturno comenzaba a hacerse sentir. Un día me siguió un perro, me compadecí del animal, tan abandonado como yo y compartí con él el mendrugo de pan que sería mi cena, desde entonces no se separó de mí y por las noches, abrazado a él, juntos combatíamos el frío y el miedo.

No sé que habría sido de mí en el invierno si una señora, que cada mañana pasaba junto a mí, camino de la iglesia, no nos hubiera, al perro y a mí, llevado a su casa

donde nos agasajó con sendos tazones de leche y unas galletas que equitativamente compartí con mi amigo canino. Una para mí, una para ti.

La señora nos observaba atentamente con una mirada tan dulce que me recordó a mi madre, se me hizo un nudo en la garganta y rompí a llorar. Llanto que comenzó con unas lágrimas y que enseguida se convirtió en un alud de hipos y lágrimas, expresión de toda la pena que desde la muerte de mi madre llevaba conteniendo.

La buena señora estaba perpleja y no sabía como consolarme, el perro había apoyado una de sus patitas en mi pierna y trataba de lamerme las lágrimas. Finalmente, la señora me abrazó muy fuerte y me llenó la cabeza de besos hasta que me fui calmando. A continuación, preparó un baño calentito en el que me sumergió y me dio una esponja para que me frotara la costra de suciedad adquirida en tantos días de vagabundeo. Cuando reluciente y calmado salí del baño me llevó a una pequeña habitación con dos camas en la que una de ellas ya estaba preparada con sábanas limpiísimas y una colcha de flores. Allí desperté a la mañana siguiente. A mis pies, sobre una alfombrilla, mi perro, al que tardé en reconocer. Su pelo, sucio, ralo y maloliente era ahora, por obra de algún milagro, suave y vaporoso y desprendía un agradable olor.

Si recuerdo esto con tanto detalle es porque Doña Adela, que así se llamaba la amable señora que nos cobijó, me lo contó muchas veces en el tiempo que viví junto a ella.

Interrumpió aquí su narración Bento Ruggiero y pasó a servir una tarta de apetitoso aspecto. La bebida y la música fueron disipando el emotivo ambiente que se había apoderado del grupo, pero no las expectativas, y todos miraban a Bento a la espera de que reanudara la historia que encontraba resonancias entre sus oyentes, quienes unos más de cerca, otros más tangencialmente, habían conocido, –algunos sufrido–, violencias de ese corte.

Viví con Doña Adela –continuó Bento– bastantes años, no sé seguro cuantos, porque perdí la noción del tiempo. Comencé a asistir al colegio en uno lejos del mío anterior, donde nadie me conocía. Doña Adela me presentó como sobrino suyo.

De vez en cuando iba a ver a mis hermanas, siempre en ausencia del padre maltratador y uno de estos días me contaron que le habían ingresado en la unidad psiquiátrica del hospital. Su última borrachera había culminado en un cuadro de delirium tremens del que murió pocos días después, atado a la cama del hospital

y acosado por legiones de insectos que su mente perturbada ponía en su cuerpo, su cama y las paredes. La noticia no me produjo alegría ni tristeza, pero sí una gran tranquilidad; ya podría caminar sin miedo a encontrármelo a la vuelta de cualquier esquina. No se planteó mi vuelta a la casa familiar; ni mis hermanas me invitaron ni yo lo pedí. Con el saxo de mi abuelo como única herencia volví a casa de Doña Adela, que ya era mi hogar.

Además de lo que aprendía en el colegio, Doña Adela me daba clases de música; al solfeo y al piano se unieron pronto una guitarra que salió de algún desván y el saxo recién heredado, en el que me inició un viejo amigo de mi protectora. Fue una suerte que yo estuviera bien dotado para la música porque los alumnos de Doña Adela comenzaban a escasear y con ellos los haberes que nos alimentaban y fue casualidad que me convirtiera en músico callejero.

Un día que ensayaba con mi saxo en el parque, un transeúnte dejó caer unas monedas en la funda abierta de mi instrumento y luego otro le imitó y otro, de forma que volví a casa con la exuberante suma de ¡siete pesetas! y una recién estrenada vocación.

Tomé por costumbre ensayar en el parque y nunca volvía a casa con los bolsillos vacíos, especialmente

sábados y domingos en los que “Filax”, que así habíamos dado en llamar a mi acompañante canino, venía conmigo y coreaba las notas con modulados aullidos en perfecta armonía con la música del saxo. En esas ocasiones el público nos hacía corro para disfrutar creo que más del espectáculo del perro cantor que de mis habilidades como saxofonista.

A Doña Adela no la tenía al corriente de esta actividad que en el fondo sentía como demasiado cercana a la mendicidad y a ella no pareció extrañarle que en la humilde cajita de latón que guardaba los escasos caudales con los que hacíamos frente a las necesidades cotidianas aparecieran ocasionalmente monedas no contabilizadas. No obstante, el miedo a que un día, bien los municipales bien los grises, que así llamábamos a la policía nacional, me detuvieran y aplicaran la ley de vagos y maleantes, enturbiaba mi alegría de contribuir al sostenimiento del hogar que tan generosamente nos había acogido a mi perro y a mí.

Estas zozobras precipitaron su fin cuando un domingo, al salir de la iglesia, Doña Adela decidió darse un paseo por el parque al que ya se encaminaba, entre bromas y risas, un pequeño grupo de feligreses.

Como la gran señora que era, no demostró Doña Adela sorpresa ni disgusto, simplemente sacó de su bolso un

monedero y de éste unas monedas que depositó en la funda del saxo mientras en su mirada brillaba un destello de ironía y complicidad.

Por su mediación conseguí mi primer contrato y aunque no dejé de tocar en el parque, debuté en un espectáculo cómico conocido popularmente como “el circo de las pulgas” donde Filax y yo interpretábamos pequeñas piezas entre las actuaciones de más enjundia. El sueldo no significaba mucho, pero esta actividad me permitió acceder al sindicato nacional del espectáculo y con ello a un flamante carnet sindical que me liberó del miedo a ser detenido.

Viví con Doña Adela muchos años, en el transcurso de los cuales conseguí una beca para el conservatorio donde perfeccioné mis conocimientos musicales; mejoré mucho con la guitarra y el saxo y aprendí a tocar el acordeón. Murió mi fiel Filax y yo ya no tocaba en el parque, sino que acompañándome de la guitarra cantaba en distintos cafés y bares de copas y también, gracias a mi versatilidad musical, tocaba el saxo con un incipiente grupo de jazz.

Para entonces lo que yo ganaba era el principal sustento de la casa pues Doña Adela, que fue decayendo con la edad, ya apenas contaba con uno o dos alumnos, aunque, eso sí, la casa siempre se veía animada por la

presencia de sus antiguos discípulos, ahora jóvenes prometedores algunos de ellos en el campo de la música. ¿Quién dice que la juventud es egoísta? Estos jóvenes además de tratar a Doña Adela con gran respeto y cariño nunca dejaban de obsequiarla con pequeñas delicadezas, una empanada, unos pasteles, alguna exquisitez de encurtido... regalos todos ellos que, sin evidenciar nuestra estrechez, alegraban nuestra parca despena.

Doña Adela era ya una anciana cuando llegamos a los años ochenta. Nuestra economía, que ahora dependía exclusivamente de mí, había mejorado notablemente junto con el ambiente de una España, que, tras la muerte del dictador, eclosionaba con una explosión de creatividad y esperanza. Un mundo que de pronto era multicolor y alegre, de amores desenfrenados, donde florecían mil ideas y la economía remontaba, y a mí, con la sólida formación que Doña Adela me había brindado y mis distintas facetas musicales, se me abrían mil oportunidades de éxito.

Nunca abandoné la casa y la compañía de Doña Adela, aunque vivía intensamente, gozaba de amores y amoríos y me entregaba de lleno a la vida bohemia, no falté ni un solo día a estar con ella y hacerla partícipe de los vaivenes de mi vida. Ante algunos de mis desenfrenos me reconvenía amorosamente “hijo ten cuidado”.

Cuando murió Doña Adela, y lo hizo con la misma discreción y elegancia con que había vivido, me hundí. Caí en un marasmo que me impedía comer, cuidarme, cuidar la casa, y como yo iba adquiriendo un aspecto sucio y desordenado, también descuidé cumplir con los distintos trabajos....

Expresé mi tristeza en una marcha fúnebre que un amigo convirtió en banda sonora en una película de gran éxito. Gracias a eso y a que la previsora Doña Adela me había dejado la casa en su testamento no me vi otra vez, ahora ya adulto, de vagabundo.

No encajaba mi estado de ánimo con los aires de expansión vital que se respiraban en las calles y en los ambientes que hasta ahora había frecuentado. Perdí muchos amigos y hasta los más íntimos comenzaban a cansarse de los continuos esfuerzos que tenían que hacer para movilizarme y que volviera a la vida.

Cuando cumplí los 18 años, como a todos los españolitos, me habían llamado a filas pero fui pidiendo sucesivas prórrogas que retrasaban mi ingreso en el ejército. Doña Adela movía todos los hilos posibles, pedía ayuda a todas sus amistades; haciendo valer su condición de viuda y presentándome a mí como su único sustento, acudía a los despachos de militares en busca de recomendaciones con el fin de evitar el fatal

momento o por lo menos conseguirme un destino cercano, todo en vano, lo único que conseguimos fueron sucesivos aplazamientos que, con la muerte de mi benefactora, dejaron de producirse.

Como yo entonces, sumido en la profunda depresión en que la muerte de Doña Adela me había dejado, ni siquiera leía el correo, falté a la cita con mis deberes patrios y me declararon prófugo. Me comunicaron que con ello mi periodo de servicio militar se prolongaría cuatro años y los tendría que cumplir destinado en cuarteles y plazas reservadas como castigo a los que habíamos ignorado la llamada del deber.

Ya había escuchado truculentas historias sobre la “mili”, conocía incluso algunos casos de suicidio y sabía que yo no lo resistiría. La amenazante noticia obró el milagro de sacarme de mi estado de apatía y aprestarme para la fuga. Traspasé la casa de Doña Adela, me hice con un pasaporte falso y me trasladé al país vecino donde mal viví unos cuantos años desempeñando distintos trabajos, siempre ilegal, con el miedo a que en algún momento me descubrieran y deportaran.

Cuando tuve noticias de la empresa que se preparaba no dude en gastar mis últimos recursos en proporcionarme una falsa identidad con el nombre de Bento Ruggiero y un currículum falso que me presentaba

como periodista, psicólogo y experto en comunicación humana y con ellos me presenté voluntario para participar en la expedición.

Concluyó Bento Ruggiero su relato con un firme “y aquí estoy” para a continuación tomar la mandolina del capitán pirata y comenzar con el repertorio de alegres canciones que todos corearon con entusiasmo.

Entre canciones, bebidas y buen yantar trascurrió el resto de la velada hasta que Bento se excusó alegando cansancio y se retiró a dormir.

Y se retiraron los allí reunidos camino de sus casas, en el pensamiento la imagen del niño saxofonista y el perro cantor en una España triste y ominosa sin otros colores que el azul marino y el gris marengo.

Especialmente taciturno marchaba el coronel Pelea a quien el relato de Bento le había transportado a su propia infancia de hospiciano; cuando solo era Demetrio Expósito.

Capítulo VII

DEMETRIO EXPÓSITO

La expectación que la historia de Bento Ruggiero había despertado quedó reflejada en la gran cantidad de comestibles y bebidas con que los concurrentes se presentaron en la siguiente reunión; ¿charlarían del lugar que habían dejado? ¿Alguien se animaría a contar su historia? ¿Quién sería? Contra todo pronóstico fue el coronel Pelea quien, tras las primeras bromas y comentarios, animado por un gesto de Bento, comenzó el relato de su vida.

Pues yo, tengo que deciros que ni me llamo Pelea ni soy coronel, militar sí, pero apenas sargento chusquero, y el nombre que me pusieron en el orfanato fue Demetrio porque fue el 22 de diciembre día de San Demetrio

cuando me encontraron las monjas durmiendo en un banco de su iglesia y como pasados unos días yo seguía sin decir palabra y nadie me reclamó a los pocos días me pasaron a uno de los “hogares” del auxilio social.

Dicen que en el cielo hay jerarquías entre ángeles, arcángeles y no sé que más, allí también las había y aunque la vida era dura para todos, para unos era peor que para otros, según la categoría, según fueras “hijo de rojo”, “hijo de la miseria” o “hijo del pecado” obviamente, los hijos de rojos llevaban la peor parte, como si quisieran castigar en ellos los supuestos desmanes de sus padres. A mí, como seguía mudo y solo contestaba asintiendo o negando con la cabeza a las preguntas directas, no pudieron catalogarme en ninguno de estos grupos, aunque por mi edad quedaba excluido del de los hijos del pecado a los que solían abandonar de recién nacidos y que además eran, en general, adoptados rápidamente.

Allí aprendí a leer y escribir, aunque algo ya sabía, y, algo muy importante, que luego me sirvió de mucho en el ejercito: Aprendí a hacerme invisible, única forma de evitar las palizas y los malos tratos con los que las “monjitas” y “cuidadoras” nos obsequiaban regularmente. El hambre y los sabañones eran imposibles de evitar.

No sé si fue por mi comportamiento o porque mi estatura destacaba por encima de las de mis compañeros, o quizás porque era el único que escribía y leía bien, el caso es que aún no llevaba tres años en el hogar cuando me entregaron a un matrimonio que regentaba una carnicería. No buscaban un hijo. Él era un mutilado de guerra y buscaba un chico de los recados que llevara los pedidos a las casas de las clientas.

De carácter avariento y áspero, jamás recibí de ellos un gesto de cariño, sí que me obsequiaron con un jergón y unas mantas en la trastienda y dejé de sentir continuamente hambre, los sabañones seguían torturarme cada invierno.

Mi trabajo consistía en barrer y fregar los suelos, mantener limpios los cristales y el mostrador y llevar los pedidos a las casas; pronto conocí a toda la chiquillería del barrio y dejé de ser mudo, aunque seguía siendo parco en palabras con el matrimonio.

Aproximadamente dos veces al año, coincidiendo con el celo de su perrita Canela, me hacían subir a dormir en la casa y era el marido el que se quedaba en la trastienda. La trastienda tenía una puertecilla que daba a un patio abierto a la calle y por ella desaparecían en estas ocasiones todos los perros vagabundos del barrio.

Cuando tras servir mi primer pedido el carnicero me registró los bolsillos y se apoderó de la pequeña propina que me habían dado aprendí a escamotear parte de ellas guardándolas en los calcetines y aunque en ocasiones me hicieran daño en los pies me libraba muy mucho de cojear no fuera a creer el buen señor que le hacía burla o, lo que sería peor, que descubriera mi bolsillo secreto y me privara de mis pobres ganancias.

Los domingos después de misa podía quedarme por el barrio jugando con los otros chicos, nuestro principal juego consistía en pelearnos con los niños del barrio de al lado en los descampados que nos separaban, donde aún podían observarse, como cicatrices de la pasada guerra, cráteres de bombas y montículos de trincheras. Jugábamos a las chapas, al gua, a “dola” pues no teníamos ni una triste pelota. Pero en cuanto aparecían los niños del otro barrio yo daba el grito de ¡pelea, pelea, pelea! Y la emprendíamos a pedradas los unos contra los otros. De ahí me quedó el mote de Pelea.

Un día limpiando hice un descubrimiento; debajo de uno de los pesados muebles que servían para la preparación de salchichas y embutidos una baldosa se movía, por la noche cuando todos dormían la levanté y debajo descubrí una cajita de latón con dinero, ahora sé que no era mucho pero entonces me pareció una fortuna y pensando en su procedencia llegué a la conclusión de

que era de alguien que me había precedido en el jergón y en las tareas. Sí, sin duda, ese dinero era de mi predecesor y correspondería a las propinas de muchos pedidos.

Ya no tenía la sensación continua de hambre, pero a medida que crecía y dejaba de ser un saco de huesos y si la cena había sido escasa, volvía a sentir sus zarpazos en mi barriga. Una de estas veces me dio la idea de cortar una loncha de mortadela y comérmela antes de retirarme al jergón de la trastienda.

Jamás lo hiciera.

Como si un demonio compadre le hubiera avisado bajó el carnicero de su vivienda y mientras me increpaba tratándome de bastardo, ingrato y ladrón, se quitó el cinturón y empujándome contra la mesa de los embutidos la emprendió a zurriagazos conmigo, yo lloraba y le suplicaba jurándole que no volvería a hacerlo mientras notaba que la espalda me ardía a cada golpe y la camisa se me pegaba a las heridas abiertas por el cinturón; pero no terminó ahí la cosa, de pronto, me bajó los pantalones y la emprendió con mis nalgas, yo que me había meado en el suelo y estaba avergonzado, no me di cuenta de que él también se había bajado los pantalones hasta que percibí el terrible dolor de su brutal embestida.

Mi alarido fue tan fuerte que creí despertaría a todo el vecindario, pero la única que despertó fue la carnicera que antes de que el bestia terminara de desahogarse conmigo bajó a la carnicería, comenzó a golpearle, lo agarró por los pelos y lo separó de mí al tiempo que le gritaba: “cerdo asqueroso ¿a éste también lo vas a matar?”.

Como única respuesta el carnicero le largó un bofetón que la hizo trastabillar y caer sentada, su estampa en zapatillas, espatarrada en el suelo con la cabeza llena de rulos y una bata burdeos encima del camisón, me habría resultado cómica de no ser por el dolor y la vergüenza que me embargaban.

Siguiendo a su marido subió a la vivienda y yo me quedé solo; dolorido y humillado me tumbé en el jergón.

Poco a poco la acusación de la carnicera “a este también lo vas a matar” se fue abriendo paso en mi ofuscado cerebro hasta que de golpe comprendí no solo la procedencia de la lata escondida y su contenido, sino que, testigo de esas palabras y víctima de sus impulsos sodomitas, yo también estaba condenado a muerte y comencé a mirar con aprensión la máquina de picar carne.

Me apoderé del dinero de la lata, sabiendo ahora a

quién había pertenecido y cuál había sido su final, y mientras lo envolvía en un pañuelo y me lo metía por dentro del pantalón juraba a mi infortunado predecesor y a mí mismo que volvería para vengarme, por mí y por él.

Calló Demetrio unos minutos, pálido y con un rictus de dolor, como si con el relato de los horrores vividos estos se hubieran vuelto a materializar. Se hizo en la sala un opresivo silencio y los allí reunidos se debatían entre la curiosidad por saber como acababa su historia y el respeto por el silencio del hombre que al evocarla se había conmovido de tal manera. Sin que nadie le apremiara retomó enseguida su relato el conocido como coronel Pelea, ahora descubierto como Demetrio Expósito.

En un improvisado hatillo metí un cuchillo pequeño envuelto en trapos, todo lo que pude de queso, salchichón y otros fiambres y sigilosamente salí por la puerta del patio. Me habría gustado dejarla abierta para festín de gatos, perros y vagabundos, pero comprendí que no me interesaba que descubrieran tan pronto mi huida. Sin hacer caso a los múltiples dolores de mi maltrecho cuerpo, me puse en marcha con la intención de caminar toda la noche y poner de por medio toda la distancia que me fuera posible.

Sin rumbo cierto, tomé la carretera más cercana, la entonces llamada autopista de Barajas y caminé durante horas y horas, a veces por carreteras, a veces por descampados, hasta que, ya agotado, cuando comenzaba a clarear el día divisé las blancas tapias de lo que creí sería un caserío, me acerqué con precaución y descubrí que se trataba de un cementerio, como temía más a los vivos que a los muertos, como pude, apoyándome en una piedra pegada a la tapia, la salté y encontré lo que me pareció un buen refugio detrás de las losas del único panteón. Allí; sin ni siquiera comer algo, caí rendido.

Me despertó el sol dándome de lleno en la cara, temiendo ser descubierto, me levanté despacio, sin hacer ruido y miré a mi alrededor, como no había signo de vida humana y mi estómago comenzaba a reclamar su rancho, comí un poco de queso y algo de salchichón, tenía mucha sed, el cuerpo me ardía, debía de tener fiebre y como no había tenido la previsión de llevar agua me animé, con mucha precaución, a abandonar mi escondite y hacer una inspección ocular.

El cementerio estaba en medio de un baldío cercano a un poblacho. Tanto en el pueblo, en el que apenas ocho casas se mantenían en pie, como en los campos de alrededor ni rastro de actividad humana. Eso me envalentonó y me aventuré entre las casas que aún

quedaban. Atravesando el despoblado encontré un riachuelo de aguas claras en el que bebí hasta saciarme y en el que, febril y magullado me sumergí; fue como bálsamo para mi maltrecho cuerpo.

Algo aliviado y más tranquilo examiné con detenimiento cada casa, en una de ellas, la mejor conservada, montaba guardia un perro de porte mediano y raza indefinida, de esos que llaman de mil leches, cuando quise entrar me enseñó los dientes y me gruñó; como aparte del perro no se veían otras señales de vida me dispuse a entrar. Llamé al perro por el nombre universal de los perros “toma bonito” y para granjearme su confianza le ofrecí lo que me quedaba de salchichón, maravillosa llave que me permitió la entrada en la casa. No me había equivocado, no era lujosa pero sí confortable y aún conservaba algunos muebles, directamente busqué la cocina y la despensa con la esperanza de encontrar algo de comida que me permitiera ahorrar de la que yo llevaba. Gran desilusión, un mendrugo mohoso fue lo único que encontré, tampoco bebí de una cántara temiendo que el agua estuviese ya corrompida, pero la vacié en un patio interior y con ella fui de nuevo al riachuelo donde la aclaré bien y la llené de agua limpia, volví a la casa pensando ya en descansar unos días en aquel inesperado refugio.

Continúe la inspección y en varias habitaciones encontré algunas camas desvencijadas, una de ellas con un colchón roto y mugriento. Definitivamente decidí acomodarme en aquel despoblado mientras me reponía y aclaraba mis ideas.

Durante los días siguientes continúe husmeando por la casa que ya había hecho mía y por las de alrededor, esperando encontrar viandas o utensilios que me pudieran servir. En una de ellas encontré un tirachinas y unos dibujos, supuse entonces que de algún adolescente, donde se explicaba detalladamente como montar lazos y otras trampas para cazar animales. Encontré también velas y un chisquero y con todos estos tesoros regresé a la habitación en la que ya había establecido mi cuartel general.

Guardé la velas, pues no me pareció prudente que se vieran señales de vida en la casa abandonada, pero con la luz del día estudié minuciosamente las distintas descripciones de lazos y trampas, instalé algunas de ellas en los campos cercanos e hice prácticas con el tirachinas, no precisé de mis nuevas habilidades pues al tercer día, agotadas las provisiones que mangué en la carnicería y comenzando a protestar mis tripas, apareció el perro y, como si quisiera devolverme el salchichón que selló nuestra amistad, depositó a mis pies un conejo muerto pero aún caliente. Lo despellejé, lo colgué fuera de su

alcance y del de las ratas que por las noches había oído y salí de nuevo en busca, esta vez, de algún utensilio de cocina y deseando encontrar arroz o patatas para improvisar un guiso o en su defecto algo de aceite para freír el conejo regalo de mi amigo canino.

Únicamente encontré una lata vacía que podría utilizar como caldero, busqué por los campos cercanos y en las márgenes del riachuelo alguna huerta que, aunque abandonada, pudiera ofrecerme algo, no me atreví a coger hierbas desconocidas pues en el hogar del auxilio social había visto a niños, que llevados por el hambre habían comido hierbas, sufrir cólicos aparatosos, algunos incluso mortales. Únicamente encontré una solitaria berza que había resistido tanto a los rigores del invierno como a la depredación humana y animal. Con esos elementos improvisé una comida de la que hice partícipe a mi amigo canino. Al fin y al cabo, él había aportado lo mejor del guiso. Guardé el caldo en un tazón desportillado y éste, tapado con unas hojas de higuera, en la despensa, cuyo frescor lo conservaría por lo menos un par de días.

Quería permanecer en aquel refugio todo el tiempo que me fuera posible, una frazada raída y el astroso colchón eran suficientes para proporcionarme un confortable descanso. Si conseguía resolver el problema del avituallamiento, sin presencia humana por los

alrededores, con la única compañía de un perro tan abandonado como yo, me sentía a salvo. En casi todos los patios de las desmanteladas casas había una higuera, en algunas encontré unas cuantas brevas tardías, si conseguía aguantar un par de meses tendría asegurado un atracón de higos, mi fruta favorita, y secándolos, unas buenas reservas para el invierno, también había visto almendros, pero no sabía cuándo estarían las almendras y si éstas serían dulces o amargas.

Pero ni los soñados higos, ni las previsibles almendras, ni los ocasionales lagartos y gazapos que me proporcionaba mi recién adquirida habilidad con el tirachinas y los lazos, me solucionarían la comida en el invierno que se aproximaba y que haría desaparecer los reptiles, principal fuente de mi alimentación.

Siempre armado del tirachinas ampliaba cada vez más el radio de mis incursiones, en una de ellas, desde un cerrillo y a no mucha distancia, divisé un pueblo que parecía grande, allí podía estar la solución a mis problemas de abastecimiento, pero temía que me descubrieran como fugado y me devolvieran al carnicero o que en mi condición de menor sin tutelaje me aplicaran la ley de vagos y maleantes y fuera a dar con mis huesos en prisión.

Así, me debatía yo en la duda de si llegarme al pueblo

y obtener comida o mantenerme alejado y conservar mi precaria seguridad, cuando observé que, por el camino, levantando una nube de polvo, avanzaba hacia el pueblo un carro tirado por un jamelgo que poco antes de llegar se detenía a la sombra de una encina cerca de un pilón en el que abrevaron la bestia de tiro y los cuatro hombres que se bajaron del carromato y se dispusieron a acampar allí.

Las tripas me rugieron cuando vi que bajaban un puchero y de él servían lo que me parecieron unas gachas; el hambre venció mis miedos y reparos, abandoné mi puesto de observación y me acerqué a ellos. No sé si fue mi esquelético aspecto, mi mirada codiciosa o mi desesperado semblante lo que les conmovió, del carro sacaron otro plato y me lo llenaron de gachas que devoré sin agradecérselo hasta que las hube terminado.

Luego llegó el turno de preguntas y aclaraciones, como a sus preguntas yo contestaba con vaguedades el que parecía dirigir el grupo optó por hacer él las presentaciones, Lucas, Eutimio, Jacinto y él mismo, Ángel, eran temporeros que terminada la recolección de la cebada y el trigo se dirigían ahora hacia el sur esperando que les contrataran para la vendimia y luego, con suerte, para la aceituna.

Les conté que mi nombre era Demetrio Expósito y que me había escapado de un Hogar del Auxilio Social donde me maltrataban, no dije nada de mi paso por la carnicería, en parte porque me avergonzaba en parte por miedo a que el carnicero hubiera denunciado mi huida e iniciado una operación de búsqueda.

Me parecieron agradables y pensé que quizás podría viajar con ellos, pero no les dije nada, primero quería volver a la casona abandonada y recoger mis escasas pertenencias, ellos parecían querer pernoctar allí mismo, donde tenían sombra y agua. Me despedí y agradeciéndoles de nuevo la pitanza tomé el camino de regreso.

Apenas había avanzado unos escasos trescientos metros cuando oí las voces, “Alto a la Guardia Civil” y a continuación los disparos. Pegado al suelo como un lagarto les vi caer uno a uno. Primero Lucas, que aún sostenía el perol que se estrelló contra el suelo, luego Eutimio que no tuvo tiempo de llegar al carromato, de allí salieron Ángel y Jacinto armados con pistolas que no llegaron a disparar abatidos por los guardias. Estremecido de miedo, con el corazón latiéndome tan fuerte que temí que aún en la distancia los guardias lo oyeran, me quedé muy quieto y tardé un buen rato en alejarme a rastras y más aún en ponerme de pie y acelerar el paso hasta mi refugio.

Esa noche no pude dormir, cualquier ruido me inquietaba y, aunque me decía que el perro ladraría a cualquier intruso, la violencia que había contemplado me atormentaba repitiéndose en mi cabeza una y otra vez.

Los siguientes días los pasé entre el hambre y el miedo, había comprendido que vagabundear por el campo podría ser peligroso, como lo era también permanecer en la casona; en un patio cacé una culebra que despellejé y cociné en unas brasas, y que compartí, como todo lo que conseguía, con “toma bonito”, éste, a su vez me obsequió al día siguiente con un gazapillo. Poco a poco fui saliendo del desfallecimiento que me paralizaba y comencé a hacer planes. Venciendo el miedo me dirigí de nuevo al pueblo en el que entré evitando el camino de la encina y el caño. Llevaba algo de dinero y una historia que, sin especificar demasiado explicaría mi presencia llegado el caso.

En el primer colmado que encontré, compré una hogaza de pan, unas latas de legumbres, un poco de mortadela y un trozo de queso muy curado (y más duro que una piedra como pude comprobar después). No me preguntaron nada de forma que no utilice la historia de “... soy el sobrino de la seña Maria...” que había tramado. No me demoré en volver a la casona y con comida para unos días me sentía más tranquilo, pero con

esas compras el dinero que tenía había menguado y comprendí la necesidad de buscar algo para reponer lo gastado e, incluso, conseguir algo más.

Un día encontré un tesoro, una gallina que merodeaba por el patio de una de las casas convertida en escombrera, fue fácil hacerme con ella en el recinto cerrado en el que se hallaba y al que no sabía como había llegado. La acomodé en el patio de la casona y me quedé vigilante observando su encuentro con el perro que para mi sorpresa no intentó atacarla. Cuando puso un huevo en el tosco nidal que le preparé, salvó su vida.

En otoño comenzaron a escasear los reptiles y gazapos de los que me alimentaba y comprendí que no podría sobrevivir todo el invierno con mis escasos recursos y que tenía que pensar en hacer algo con urgencia.

En el pueblo vecino había tanteado con discreción la posibilidad de algún trabajo pero me miraban con suspicacia, no conocía a nadie y nadie me conocía.

Nunca he sabido con certeza qué edad tengo, nunca celebré un cumpleaños ni tengo recuerdo de haberlo hecho en mi infancia. Pero siempre he sido bastante alto y aunque en la época que os estoy contando estaba flaco como un fideo, ya, entre la pelusilla que adornaba mi cara, comenzaban a aparecer algunos hirsutos pelos.

Decidí aprovechar este rasgo y armándome de valor me presenté en un cuartel que había descubierto en mis correrías donde también había observado que, vestidos con uniforme militar, se encontraban muchachos solo algo mayores que yo.

Al guardia de la puerta le dije que quería alistarme y cuando me preguntó qué edad tenía saqué todo lo que pude mi raquítico pecho y contesté con el énfasis aprendido en la retórica del auxilio social “suficiente para defender mi patria”. Nunca supe como fue que sin papeles y sin poder darles sobre mí otros datos que mi nombre “Demetrio Expósito” y una fecha de nacimiento que fije en el 22 de diciembre día de San Demetrio, les dije que ignoraba el año pues un pequeño error improvisando su cálculo me podía convertir tanto en “no apto” como en “prófugo”, de forma que dejé que fuera el soldado de guardia el que me calculara, a ojo de buen cubero, 19 años, edad a la que de todas formas sería llamado a filas.

Entré pues en el ejército, no sé si por casualidad o porque no queriendo parecer un maleante al rellenar mi ficha puse que había trabajado en una carnicería, el caso es que me adjudicaron al IV tercio de la Legión también llamado Alejandro Farnesio.

Cuando llegué a Villa Sanjurjo, mi primer

acuartelamiento, que después pasó a llamarse Alhucemas, yo era un muchacho escuálido, magro de carnes y de huesos largos, con apenas algunos pelos hirsutos entre la pelusilla que cubría mi mentón, nada que ver con el estereotipo del fornido legionario, novio de la muerte. Yo quería vivir y precisamente para esquivar las amenazas de fuera, las que habían acabado con la vida de Jacinto y sus compañeros, me había enrolado en un ejército que percibía protector.

Realicé el periodo de instrucción y quizás por mi experiencia como carnicero charcutero, por mi talante silencioso o por mi constitución raquítica me asignaron a intendencia, destino constante en el que permanecí en los sucesivos traslados y distintos acuartelamientos.

Dadas mis habilidades para pasar inadvertido, sin pena ni gloria fui ascendiendo en el escalafón al mismo tiempo que los ejercicios militares y la buena alimentación (estaba en intendencia) modelaban mi cuerpo convirtiéndome en un hombre fuerte y bien musculado.

Así era cuando con mi compañía llegué a Madrid en 1967 para participar en el desfile que se celebraba el 1 de abril, «Día de la Victoria».

Con la seguridad de que nadie reconocería en el aguerrido legionario al escuálido niño, me aproximé a mi

antiguo barrio y a la carnicería con la intención de cumplir la venganza que el día de mi huida había prometido, a mí y al espíritu de mi desconocido predecesor. No tenía ningún plan definido, aunque siempre me había imaginado clavándole en mitad de la cabeza una macheta de cortar huesos. Pero cuando entré en la carnicería lo que encontré fue a un viejo decrepito, tan pútrido como las escasas piezas de carne que se exponían en la vitrina.

No me reconoció, pero debió de sentir mi odio y mi desprecio porque yo sí percibí el miedo en su mirada.

Continúe en el ejército llegando a la categoría de sargento, pero día a día a la vez que cobraba confianza en mis propias fuerzas, surgían recuerdos de mi época anterior al auxilio social, de mi padre y mi madre asesinados, de la vecina que me escondió diciéndome: “olvídalos, olvida sus nombres”. Del posterior asesinato de Jacinto, Lucas, Eutimio y Ángel. Tampoco ayudaba a mi adaptación el conocimiento que tuve, enredando en los recuerdos de viejos legionarios, de la historia del IV tercio llamado ahora Alejandro Farnesio, que anteriormente había recibido el nombre de General Sanjurjo y que formado por voluntarios forzosos habían sido masacrados por mantener su fidelidad a la república.

Dudando de la legitimidad de mi afiliación y aburrido de la rutina militar, cuando tuve noticia de la extraña expedición que se preparaba no dudé en apuntarme como candidato y como ya comenzaba a manifestarse mi descontento con toda la parafernalia militar mi candidatura fue aceptada.

Concluyó Demetrio Expósito su relato con un: Y como Bento, aquí estoy.

Aquella noche el pequeño expósito durmió plácidamente en los brazos de Bento Ruggiero sin sobresaltos ni pesadillas de persecuciones o de venganzas incumplidas.

Capítulo VIII

LISY

Quien mejor se adaptó a la vida en Olympe de Gouges fue Lisy.

Sus dotes organizativas eran muy apreciadas y, para sorpresa de sus camaradas y de ella misma, muy pronto se vio compartiendo vivienda con una joven autóctona que la miraba con veneración y con la que no tardó en establecer estrechos lazos amorosos.

Ella, que nunca había sido hábil en el cuerpo a cuerpo de las relaciones amorosas, descubrió que, de pronto, tenía la extraordinaria capacidad de transmitir toda la ternura que contenía su vida en cada caricia, en cada beso, caricias y besos que alimentaban un amor recién nacido y trasportaba a ambas a unas regiones de sentimientos nunca habitadas.

Quería la joven Charlotte conocer como era la vida en Antigua, el planeta de sus remotos orígenes y cómo había sido en él la infancia y juventud de Lisy, esa mujer nervuda, de largos músculos y cuya cabellera, cortada en trazos rectos, negra en otros tiempos, salpicada ahora de fuertes canas que le conferían un aspecto metálico y que le hacía parecer un casco de guerrero.

Y Lisy le contó lo que ya apenas recordaba.

Mi primera infancia, había transcurrido en una finca de los montes de Málaga en una época ya tan lejana que se pierde en mi memoria y hace que se mezclen los recuerdos vividos con los proporcionados por el anecdotario familiar.

No tengo recuerdos de ningún niño de mi edad y escasos de mis hermanos, pero sí recuerdo a mi tata y a los animales; ocas, cabras, gatos y perros poblaron mi infancia y fueron mis únicos compañeros de juegos. También guardo recuerdo de una mula, a la que mi padre me prohibió acercarme, un caballo y una vaca, pero con éstos tuve menos trato.

Así sucedió que un invierno mi familia, como tantas otras, emigró del campo a la ciudad en busca de mejores oportunidades; después de una breve estancia en una pensión lóbrega y silenciosa que mis padres se vieron

obligados a abandonar pues tres días de llanto continuo de mi hermano y mío, los más pequeños, amenazaban con quebrar los nervios de toda la familia. Nosotros no comprendíamos por qué abandonábamos un lugar cálido y luminoso para vivir en uno frío y oscuro.

Tras terminar de pasar el invierno, la primavera y parte del verano en un pueblo del extrarradio accedimos finalmente al piso que mis padres habían comprado en un barrio de la periferia.

Allí enfrenté otros problemas. Por fin veía niños de mi edad, pero no sabía jugar con ellos. Yo solo sabía morder como los perros, arañar como los gatos, topar como las cabras y cocear como la mula. Para mi madre supuso una ardua tarea convertirme en una niña civilizada, pero poco a poco consiguió que aprendiera las reglas básicas del saber estar y convivir con mis semejantes.

Ese barniz de civilidad no mermó, sin embargo, mi espíritu libre y decidido que, rápidamente y sin yo desearlo, me convirtió en la capitana de los niños del patio.

Aquella España triste, silenciosa, habría parecido muerta sin el canto de una vecina, sastra de oficio, que acompañaba su magnífica voz con el rápido pedaleo de la máquina de coser, como contrapunto el rítmico

martilleo de los orfebres que ocupaban el bajo del mismo bloque.

Como no teníamos juguetes, ni una miserable pelota, nuestros juegos consistían en simular combates entre nosotros, pelear con los niños de los barrios vecinos o competir por quién llegaba más alto escalando las lisas paredes de los bloques de casas. Marcábamos la altura que habíamos alcanzado cada uno sacándonos un moco y pegándolo en la pared, lo más arriba que nos alcanzaba el brazo.

Algunos juegos tenían un contenido simbólico que yo entonces no alcanzaba a ver. Las niñas dibujábamos en la arena del patio esquemas de casas en los que se reproducía con bastante exactitud las actividades de cada hogar y que los niños se entretenían en atacar y destruir, mientras que las niñas, cual modernas Sisifos, reconstruíamos una y otra vez. A mí este juego de repetitiva reconstrucción me aburría y no le veía sentido; cuando fracasé en el intento de organizar la defensa de nuestra precaria casa, me uní a los asaltantes, pero también en este bando cundió el aburrimiento, no tenía gracia atacar lo que nadie defendía.

Le contó esta y mil anécdotas más, pero no le contó lo que

ella deseaba saber, no le contó los recuerdos que en ocasiones ensombrecían su mirada, no le contó por qué al oír a Bento Ruggiero cantar una hermosa canción *“si te dijera amor mío, que temo a la madrugada”* gruesas lagrimas silenciosas inundaban sus mejillas; no le contó, en fin, qué la impulsó a embarcarse en la azarosa aventura que la llevó a Lejana, pero que igual podría haber supuesto su destrucción.

Cuando le preguntaba por esas cosas Lisy sonreía con tristeza y callaba. Le contó, eso sí, que

“...había estudiado enfermería y como cooperante de distintas organizaciones humanitarias desde Alemania viajé algunas veces a África central y también a Irán e Irak, me encantó la belleza del paisaje del Kurdistan un territorio que, invadido por unos y otros de sus países vecinos y consumido en guerras internas de poder y dominancia religiosa parecía que nunca podría tener paz.

Un día Charlotte encontró un cuaderno dejado como al descuido encima de la cama, y, en parte porque no pudo reprimir la curiosidad, en parte porque intuyó que ésa era la forma que tenía Lisy de contarle lo que no podía contarle. Lo abrió y comenzó a hojearlo.

Era un sencillo cuaderno con tapas de cartón, la portada decorada con una lámina pegada y en las páginas interiores comentarios escritos por la inconfundible caligrafía de Lisy.

Y comenzó la laboriosa tarea de leerlo pues estaba escrito en castellano y aunque tenía cierta semejanza con su occitano de origen y con el francés que estudio en la escuela, muchas palabras le eran desconocidas.

Ni se le pasó por la cabeza pedirle a alguno de los expedicionarios, el más indicado habría sido Bento Ruggiero, una traducción completa del cuaderno; le repugnaba la idea de traicionar de esa forma la intimidad de su amiga, optó por sacar un listado de las palabras cuyo significado se le resistía, listado que presentó a Bento pidiéndole que se lo tradujera, y, que, traducido, incorporó a la biblioteca de la ciudad a modo de incipiente diccionario.



La guerra que vendrá no es la primera.

Hubo otras guerras.

Al final de la última hubo vencedores y
vencidos.

Entre los vencidos, el pueblo llano pasaba
hambre.

Entre los vencedores el pueblo llano la
pasaba también.


(Bertolt Brecht)

Cuaderno para la memoria

Cuando nos quieren borrar de la historia es necesario recordar. Recordar lo que vivimos y recordar lo que nos contaron los que lo vivieron y los que fueron testigos.

No puedo dejar constancia aquí de todas y cada una de las atrocidades que se cometieron en mi país cuando el 17 de julio de 1936 cuatro generales sediciosos se sublevaron contra la Segunda República democráticamente elegida el 14 de abril de 1931.


Fueron tantas las muertes, los asesinatos, las torturas..., que resulta imposible tratar de poner nombre a las vidas que segaron. Entre 1936 y 1945, se sucedieron las masacres, genocidios y expolios, que no cesaron al terminar la guerra, sino que se prolongaron con mayor o menor intensidad, según las épocas, hasta la muerte del dictador e incluso, perpetradas con impunidad por bandas fascistas, después de ésta.



Bajo el régimen de terror que impusieron los generales golpistas en toda España, tanto pequeños bienes como grandes fortunas cambiaron de manos, a veces comprando vidas a veces simplemente expropiando. Desde una máquina de coser o una bicicleta a pequeñas y grandes fincas cambiaron de manos.

Aunque los más conocidos han sido El Pazo de Meirás o La finca de Gambogaz, el cortijo que Queipo de Llano arrebató a Sevilla junto a la vida de 50.000 republicanos, en cada pueblo, en cada aldea se pueden encontrar ejemplos de estos latrocinios.

Apoyados por los nazis alemanes y los fascistas italianos se cometieron barbaries como la conocida por "La Desbandá" perpetrada el 7 de febrero de 1937 en el camino de la costa entre Málaga y Almería, cuando una auténtica desbandada humana formada por más de 300.000 personas, hombres, mujeres y niños, ancianos y familias enteras que intentaban huir del terror fascista por la única salida posible,




fueron ametrallados y bombardeados por las tropas sediciosas en la que desde entonces se conoce como "La carretera de la muerte". Me contaba la prima Carmela, pobrecilla, que, entre tanto horror, ella, ofuscada, solo atinaba a buscar su lápiz de labios...

O los bombardeos de civiles en las villas de Durango en Vizcaya, el 31 de marzo de 1937 y

en Guernica, la ciudad símbolo de los vascos, tres semanas después. Los bombardeos del terror, destinados a abatir la moral de la población civil que constituyeron el banco de pruebas y configuraron el perfil de todas las guerras actuales.

Tanta humanidad masacrada que se consignaría en números, números de muertos; pero que estaba compuesta por nombres propios, nombres que solo sus seres queridos conocían y que recordarían siempre en silencio porque hasta el lamento público estaba perseguido.

Si los años de la guerra habían sido años de muerte, la victoria de los sediciosos



supuso una nueva oleada de víctimas. A partir de 1939 España se llenó de sanguinarios. Carlos Arias Navarro, el carnicerito de Málaga, Juan Yagüe Blanco el carnicero de Badajoz, Espinosa de los Monteros carnicero de Madrid, y un largo etcétera que no quiero nombrar porque evocarlos me revuelve las tripas y porque me debato entre el deseo de denunciarlos y el de condenarlos al olvido.

Desearía poner nombre a cada uno de los asesinados para que los recordemos siempre, pero fueron tantos que la tarea me supera, nombraré, en representación de todos ellos y porque fue el deseo manifiesto de Julia Conesa en la carta de despedida a su familia antes de ser fusilada «Que mi nombre no se borre de la historia», a las trece rosas. Y nombrare también a aquellos que influyeron directamente en mi vida. La madrugada del 5 de agosto de 1939, cincuenta y seis personas fueron fusiladas en la tapia del cementerio del Este de Madrid. Entre ellas estaban las "Trece Rosas" y un muchacho de 14 años cuyo nombre no he logrado conocer.

El fusilamiento de las trece rosas fue tanto


la historia de una venganza como la aplicación de una estrategia represiva acuñada previamente por la páfida Albión.

Inglaterra, en su periplo colonialista, no titubeó en instruir a las autoridades de ocupación de los pueblos sometidos para que ante cualquier asomo de rebelión no dudaran en matar a un número significativo de sus

habitantes, igual si eran inocentes e incluso mejor si lo eran, pues de lo que se trataba era de sembrar el terror y lanzar el mensaje de que, ante la insurrección, nadie estaría libre de castigo. Pretendían con ello romper el apoyo popular y la solidaridad con los insurgentes.

El asesinato de un militar franquista y de su hija fue solo la excusa para aplicar esta perversa estrategia en las personas de 13 muchachas cuyo único delito era pertenecer a la clase obrera.

El 3 de agosto de 1939 el Consejo de Guerra Permanente número 9, vio y falló la causa número 30.426 en la que, condenaban a muerte a 57 personas, entre ellas las que han pasado a la historia como Las Trece Rosas.



Carmen Barrero Aguado (20 años)
Martina Barroso García (22 años)
Blanca Brisac Vázquez (29 años)
Pilar Bueno Ibáñez (27 años)
Julia Conesa Conesa (19 años)
Adelina García Casillas (19 años)

Elena Gil Olaya (20 años)
Virtudes González García (18 años)
Ana López Gallego (21 años)
Joaquina López Laffite (23 años)
Dionisia Manzanero Salas 20 años,
Victoria Muñoz García (18 años) y
Luisa Rodríguez de la Fuente (18
años)

Antonia Torre Yela fue fusilada el 19 de febrero de 1940 (6 meses después que Las Trece Rosas, porque su nombre figuraba erróneamente en el sumario). Tenía 19 años.

Mencionaré también a las tres rosas de Cádiz, (Amparo García Cano de 24 años, Antonia Cabañas Casanas de 32 y Francisca Torres Fernández de 20), tres cigarreras que


fueron fusiladas el 20 de octubre de 1936 en la Plaza de Toros de dicha ciudad, simplemente por ser sindicalistas de la CNT y defender los derechos de la clase obrera.

"QUE SUS NOMBRES NO SE BORREN DE LA HISTORIA"

El 17 de agosto del mismo año por el procedimiento de garrote vil, se asesinaba a los anarquistas Joaquín Delgado Martínez y Francisco Granados Gata, acusados de la colocación de una bomba en las oficinas de pasaportes de la Dirección General de Seguridad, atentado que no habían cometido y a los que se obligó a confesar lo que querían sus esbirros bajo torturas. En los noticiarios oficiales todos tuvieron tratamiento de "criminales", a pesar de la más que dudosa legalidad de sus juicios. Por entonces yo tenía 13 años y ni entendía lo que estaba pasando ni nadie me lo explicaba.

Mucho más de cerca me tocó el asesinato de Enrique Ruano.


El 20 de enero de 1969 moría Enrique Ruano.



Aún no había cumplido 22 años cuando le asesinaron. Su dramática muerte y las sombrías circunstancias que la rodeaban corrieron como reguero de pólvora por los círculos estudiantiles.

Yo por entonces acababa de cumplir los 19 años, estudiaba "preu" en el instituto Beatriz Galindo y ya sabía lo que era una dictadura; sabía que estaban convocados saltos y manifestaciones en distintos puntos de la capital, espontáneamente me erigí en "piquete informativo". Pensaba, inocente de mí, que mis compañeras de clase, informadas del suceso, no dudarían en sumarse a los actos de protesta. Pero no fue así, únicamente yo "desalojé" el instituto e igualmente sola me vi en la glorieta de Cuatro Caminos donde no encontré a ninguno de los amigos que esperaba encontrar.

Más policía que manifestantes. Salí con bien de aquella corriendo cuesta abajo por Raimundo Fernández Villaverde y refugiándome, a la zaga de una mujer, en el portal de una bocacalle cuyo final cegado por unas escaleras, que, agotada por la carrera, me pareció infinita.



De la policía me salvé, pero no así de la venganza del profesor de matemáticas, cuya clase había osado interrumpir para informar de lo que pasaba, y que me alcanzo a final de curso en forma de suspenso y la ramplona justificación de que "yo podía hacer más".

Ya se mascaba en el ambiente el comienzo de una seria oposición al dictador.

Con mayor o menor conciencia de lo que hacíamos, (yo con más voluntad que conocimiento) pero con el firme propósito de enfrentarnos a las abundantes injusticias, la juventud estudiantil comenzábamos a militar en organizaciones clandestinas, - por entonces todas lo eran. Y los trabajadores lo hacían en sindicatos igualmente clandestinos.

La victoria de la revolución cubana anunciaba que era posible, que se podía acabar con las distintas dictaduras, y animaba al combate. Numerosos movimientos guerrilleros en América Latina, produjeron un guerrillero mítico, el "Che" Guevara.

El espíritu de rebelión crecía y se extendía

por el mundo entero. Parecía el final de todas las dictaduras, o eso creíamos cuando en mayo del 68 entre sucesivas acciones y revueltas estudiantiles en lo que se conoce como "el mayo francés" se tomó la Sorbona; el movimiento obrero se sumó y se ocuparon varias fábricas

Destaca la figura de Daniel Cohn-Bendit, "Dani el Rojo", agitador y revolucionario.

Hasta que la represión policial terminó con las revueltas y con la esperanza de una revolución llamada a cambiar el mundo y nos dejó con el amargo sabor de la derrota, pero a la vez con el orgullo y la satisfacción de haber vivido un momento histórico, que por sí mismo y por el hecho de haber existido suponía una victoria.

En noviembre de 1970 en Chile Salvador Allende ganaba las elecciones; en septiembre de 1973 era asesinado por los militares golpistas que tomaron el poder.

Ese día vi llorar a mi padre.

En 1972 el proceso 1001 del Tribunal de Orden Público que juzgaba a los dirigentes y

fundadores del sindicato Comisiones Obreras despierta en toda Europa una oleada de críticas contra el gobierno español.

En España, el dictador reaccionó rabioso contra estas críticas y continuó ejecutando a sus opositores, pero en un intento de disfrazar la represión política como ejecuciones de delincuentes comunes, es el garrote vil el sistema elegido.

Así fueron asesinados el 2 de marzo, de 1974 Georg Michael Welzel y Salvador Puig Antich, condenados tras sendas parodias de juicios.

En Tarragona con el nombre de Heinz Chez, a Georg Michael Welzel a quien se le negó hasta su verdadera identidad. Y, en la prisión de Barcelona, a Salvador Puig Antich militante anarquista y antifascista.

Mientras aquí apretábamos los dientes y llorábamos sus muertes en la vecina Portugal se fraguaba la revolución más bonita de la historia, la revolución de los claveles.

El 25 de abril, a la señal de la canción "Grandola vila morena" el pueblo y el ejército se lanzaban a la calle y terminaban con la dictadura de Salazar.

O pobo es qui mais ordena


27 de septiembre de 1975,

Nunca olvidare ese día. Me despertó el temblor de la tierra al paso de los tanques, aún era de noche, el alba traería dolor y muerte.

Tanques innecesarios, que, desde su acuartelamiento, no sé si en El Goloso, venían a reprimir cualquier intento de sublevación; innecesarios porque ya se habían agotado todas las vías, todas las posibilidades para evitar la barbarie planificada, el cumplimiento de la inicua sentencia que condenaba a muerte a cinco militantes antifranquistas.

A tres de ellos los fusilarían aquí, en el cuartel de Foyo de Manzanares. Uno de ellos el Rizos había sido compañero mío.

Al Risas, que también lo fue, le conmutaron la pena por la de cadena perpetua.



Dentro y fuera de España se hizo todo lo que se pudo por evitar las muertes.

Muchos gobiernos retiraron a sus embajadores.


En Copenhague, la Alianza Atlántica aprobó una moción de protesta contra las condenas y trataron de impedir el ingreso de España en ese organismo.

El presidente de México, Luis Echeverría Álvarez, pidió que España fuera expulsada de la ONU, expulsó al embajador español y suspendió relaciones con España.

Hasta el Papa Pablo VI pidió el indulto.

Multitudinarias manifestaciones en España y por toda Europa, más la quema de la embajada de España en Portugal, todo fue inútil, el régimen de Franco, quizás asustados por los sucesos de la nación vecina, estaba decidido a consumar la ejecución de los cinco luchadores antifascistas.

El 26 de septiembre el consejo de ministros, presidido por Franco, dio el "enterado" lo que



suponía la negación del indulto para las condenas a muerte de Juan Paredes Manot y Ángel Otaegui, miembros de ETA y de Ramón García Sanz, José Luis Sánchez-Bravo y Xosé Humberto Baena, miembros del FRAP.


Ya nada se podía hacer para evitar sus muertes.

En Barcelona y Burgos, eran ejecutados Juan Paredes Manot 'Txiqui' y Ángel Otaegui.

En el campo de tiro del cuartel de Hoyo de Manzanares se perpetraban los crímenes de Ramón García Sanz, José Luis Sánchez-Bravo y Xosé Humberto Baena.

En el bar frente al cuartel, esperan sumidos en la tristeza, la desesperación y las lágrimas, los familiares de los condenados.

Agentes de la brigada político social, capitaneados por el comisario Saturnino Yagüe y el torturador "Billy el Niño", luciendo corbatas de colores chillones, y secundados por integrantes de los pelotones de fusilamiento y una caterva de policías y guardias civiles, llegados para la ocasión, **borrachos**, entre risotadas, hacen obsceno



alarde de celebración de las muertes y burla feroz de la desolación de sus allegados.

Las protestas por sus muertes se multiplican por el mundo entero. En España, en cada ciudad, las manifestaciones se

suceden y son reprimidas con gran violencia

En el País Vasco, a pesar de hallarse bajo estado de excepción, tomada por el ejército y la policía, se convoca una huelga general que dura tres días y tiene un seguimiento masivo. Ni los barcos salen de los puertos,

Hay manifestaciones de protesta en todas las grandes ciudades de Europa.

Ante tanta repulsa los últimos coletazos del monstruo no se han hecho esperar.

Los secuaces del dictador le han organizado para el 1 de octubre, una manifestación multitudinaria en la plaza de Oriente. allí, un Franco decrepito, ya enfermo de muerte, medio zombi, medio momia, se dio su ultimo baño de masas, a las que se dirigió repitiendo, como una fantasmagoría, su mantra favorito:

“Todo lo que en España y Europa se ha armado obedece a una conspiración masónico-izquierdista, en contubernio con la subversión comunista-terrorista”.

Cincuenta días después de la aparición de Franco en el balcón del Palacio Real, en el mismo lugar, un piso más abajo, se instalaba su capilla ardiente y el dictador comparecía en un féretro, perfectamente maquillado y embalsamado.

Entre una y otra aparición 50 días de dolorosa y patética agonía, primero en su palacio de El Pardo, y a partir del 7 de noviembre en el hospital de La Paz. Cuando el 20 de noviembre de 1975, el presidente del Gobierno, Carlos Arias Navarro, anunciara lloroso su muerte por televisión en España se agotaron las existencias de champagne.

Nunca he sido capaz de celebrar la muerte, ni siquiera la de este criminal, pero reconozco que hay cierto halo de justicia kármica en el hecho de que el viejo dictador muriera chorreando sangre por todos sus poros, días después de haber derramado, sin

pestañear, la de los cinco jóvenes cuya alerosa ejecución había ordenado.

No brindé con champán, pero sí que, temiendo las iras del monstruo y sospechando de la existencia de listas negras, salí de mi casa para dormir en una casa segura.

Me decía una amiga que lo que lamentaba era que no le hubiéramos matado nosotros y que hubiera muerto en su cama; yo por el contrario me alegré de que no nos hubiéramos manchado con su sangre y de que el sufrimiento que acompañó su larga agonía le fuera infligido por la codicia de sus allegados y el miedo de sus adeptos.

Si pensábamos que con su muerte terminaría toda una época de persecución, injusticia y terror estábamos muy equivocados. Nos lo demostró la violencia con la que se reprimieron las manifestaciones, y los asesinatos, que a manos de bandas fascistas, o directamente perpetrados por la policía en los sótanos de la temida DGS, se sucedieron, con total impunidad, en los siguientes años.

27 de septiembre de 1976. Carlos González

Martínez de 21 años, estudiaba psicología, pero quería pasarse a sociales, también escribía versos. Acudió a una manifestación en memoria de los fusilados un año antes. Unos fascistas, al grito de "Viva Cristo rey" le dispararon a quemarropa y le mataron. No se detuvo ni se juzgó a nadie.


5 de diciembre de 1976. Ángel Almazán Luna, de 18 años, en una manifestación en Madrid, fue tan brutalmente apaleado por la policía, que le provocaron la muerte. No hubo juicio.

23 de enero de 1977. Arturo Ruiz García tenía 19 años. Estudiaba y trabajaba como albañil. Aquel día había salido a las calles para participar en una manifestación que reclamaba una amnistía política total para los presos antifranquistas. Fue asesinado cruelmente por la espalda. José Ignacio Fernández Guaza, miembro de un comando ultraderechista de cuatro personas con vínculos con las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, acabó con su vida al grito "Viva Cristo Rey".

24 de enero de 1977. María Luz Nájera de 21 años fue asesinada por la policía con un bote de humo que le lanzaron directamente a la cabeza cuando participaba en una manifestación de protesta por el asesinato, el día antes, de Arturo Ruiz.

24 de enero de 1977. Matanza de Atocha en Madrid. Horas después del asesinato de María Luz, los fascistas en y asesinaban a Luis Javier Benavides, Serafín Holgado, Ángel Rodríguez, Javier Sauquillo y Enrique Valdevira. Alejandro Ruiz-Huerta, Lola González Ruiz, Luis Ramos y Miguel Sarabia fueron heridos de gravedad.

1 de febrero de 1980. Yolanda González Martín. "¡Han matado a Yolanda!" Unos fascistas la fueron a buscar por la noche a su casa y diciendo que eran policías se la llevaron. Su cadáver apareció por la mañana en la carretera de Alcorcón a San Martín de Valdeiglesias. O sea, que es verdad lo de las "listas negras". Y que el gobierno no solo no



toma medidas en contra, sino que los protege. Lo de la "transición" es mentira, un puro cuento.


19 de febrero de 1980

Tengo que largarme. Largarme o tomar las armas y pasar a la clandestinidad. Ayer me siguió uno de la social. Pude despistarlo y mandar aviso a mi casa de que no iría a dormir. Me refugié en la casa (y en la cama) de un compañero.

Frankfurt 19 de febrero de 1981

Ya llevo unos meses aquí, una vieja amiga me dio alojamiento los primeros días, ahora trabajo, en régimen de esclavitud, limpiando en una residencia de ancianos, de Cáritas, donde también tengo una habitación. Y digo régimen de esclavitud porque apenas dispongo de unas horas libres al día. En esas horas asisto a clases de alemán en la Volkshochschule.

En mi grupo tengo compañeros de todas las nacionalidades. Cuando contróle un poco el



idioma espero que me reconozcan el título de enfermera y mejorar de trabajo.

Frankfurt 23 de febrero de 1981


Aunque no frecuento los círculos de españoles sigo lo que está pasando por la prensa y mantengo contacto telefónico con la familia y algunos amigos. Así me he enterado de lo del golpe de Tejero.

Frankfurt 24 de febrero de 1981

Jajaja, yo maquinando la manera de tomar contacto con la mafia y conseguir armas mientras en Madrid mis amigos maquinaban la forma de salir. En estas el rey se pronuncia y todo queda en un susto.

Frankfurt 24 de febrero de 1982

Cada vez me siento más a gusto aquí, me he librado del trabajo con Cáritas, ahora trabajo como enfermera auxiliar en el hospital universitario y vivo en la residencia de enfermeras en un apartamento



que está muy bien, hasta tiene un pequeño balconcito. Además, ya hablo suficiente alemán como para poder expresarme, ¡la alegría que me dio el día que en la charcutería pude pedir "hunder gram Schinken in dünnen Scheiben!"

Y comienzo a tener amigos y a moverme en diferentes ambientes. Frankfurt es una ciudad donde conviven mil culturas, tengo una amiga turca, un amigo inglés y varios franceses. Me gusta ir a la Hauptwache donde, en la parte de arriba, grupos de latinoamericanos suelen hacer música andina y donde, en la parte de abajo, hacen las mejores creps del mundo.

Estoy empezando a tomar contacto con círculos de izquierda y me planteo entrar como cooperante en una ONG que ayuda a mujeres africanas a establecerse aquí y a conseguir llegar evitando, en parte, los sufrimientos y penurias que les supone atravesar su continente.

Frankfurt 15 de junio de 1982

Ya no estoy en la residencia de enfermeras, junto a una amiga suiza he cogido un piso y aunque estoy un poco lejos del trabajo perdono el madrugón por la independencia que me da, me he postulado para dar clases de castellano en la misma escuela donde estudio alemán, si me sale, dispondré de más tiempo libre

Frankfurt 25 de diciembre de 1982

Ayer celebré la nochebuena con un grupo de españoles en un local cerca de mi nueva vivienda. El ambiente era muy festivo no solo por las fiestas, que también acarrean nostalgias, sino porque hace dos meses el PSOE ha ganado las elecciones y lo ha hecho por mayoría absoluta, Felipe González es ahora presidente del gobierno.

Estoy a la expectativa, si las cosas se asientan igual me planteo volver, aunque aquí comienzo a sentirme bien, a tener amigos.

Madrid 15 de julio de 1983

En viaje de inspección aprovechando unas pequeñas vacaciones y para tantear el ambiente y las posibilidades de trabajo.

Me siento extraña.

No es solo que me cuesta pillar el sentido de algunas expresiones y que las mías parece que se han quedado obsoletas, es algo mas profundo, es una especie de censura, cuando expresas alguna preocupación o tienes algun problema, siento que te miran como si fueras un aguafiestas.

La gente parece sumida en una adolescencia tardía. En general solo se piensa en divertirse y ciertamente las oportunidades son muchas porque ha florecido toda la creatividad reprimida durante el franquismo.

El divertimento exagerado me parece un poco histérico y me hace sentir ajena al juego, como pajarito cenizo.

Se lo he comentado por telefono a mi amigo Hans, que es psicologo, y me ha dicho que es

normal, que se trata de una defensa maniaca, y que en parte responde a un deseo de recuperar la alegría robada a nuestra juventud y en parte proviene del miedo de que este periodo de bonanza no dure.

En definitiva es el espíritu del "Carpe Diem".

Madrid 30 de julio de 1983

Preparando la maleta para volver. Definitivamente no me gusta como está el patio, parece que todo el mundo sufre de amnesia, han olvidado que hace solo dos años los fascistas del batallón vasco español violaron y asesinaron a María José Bravo del Valle y que ni ha habido investigación, ni juicio, ni intención de que la haya. Cuando sacas este tema, o alguno parecido, y mira que los hay, el triple asesinato de Almería sin ir más lejos es cuando te miran mal, cuando te hacen sentir como "aguafiestas". Qué asco. Una de las expresiones que se ha puesto de moda y que más odio es "vender la moto" y vaya si han

vendido bien la moto, la de la "transición
modélica". Qué asco.

Frankfurt 25 de agosto de 1983

De nuevo en casa y decidida a permanecer
aquí. Aunque tengo que reconocer que no me
parece que este sea mi sitio definitivo,
tampoco España, no sé si algo está mal en mi
misma que no consigo encontrar mi lugar en
el mundo.

Frankfurt 20 de septiembre

Ya no trabajo en el Hospital Clínico, ahora
doy clases de castellano en la
Volkhochschule y aprovechando que me sale
gratis me he apuntado a clases de inglés y
francés. También para redondear ingresos
doy algunas clases particulares de
castellano pero aun así dispongo de mucho
tiempo libre. Lo de aprender otros idiomas no
es un capricho de desocupada, estoy
colaborando con una ONG que se dedica sobre
todo a países africanos y lo necesito para


entenderme con el personal, mi proximo idioma sera el swahili.

Frankfurt 28 de octubre de 1984

A tope con la ONG. He dejado de dar clase en la Volkshochschule aunque sigo asistiendo, cuando puedo, a clases de inglés y francés. Gracias a mis conocimientos de enfermería y a mis rudimentos de idiomas me dedico casi exclusivamente a la colaboración en tareas humanitarias. La ONG con la que colaboro me paga un sueldo suficiente para subsistir y sigo redondeando con las clases particulares.

Estoy viajando mucho, Mali, Nigeria.... Así dicho, parece que estoy haciendo turismo. Nada mas lejos. En cada uno de estos sitios tratamos de echar una mano en algo: Instalamos hospitales de campaña que quedan como hospitales en uso habitual a la espera de que podamos construir los definitivos. Damos cursos de primeros auxilios y de atención básica.

Las cotas de pobreza de aquí, no son ni imaginables en Europa y el sentimiento de ser útil queda empañado por la conciencia de



la nimiedad de lo que hacemos para remediar algo que es endémico, consustancial al sistema, que lo unico que podemos hacer es


poner parches a los destrozos causados por un sistema capitalista brutal.

Diciembre de 1984.

Cuando creia enterrados mi dolor y mi pena en el dolor y la pena de cien pueblos, recibo una noticia que viene a reavivarlos, que nuevamente trae a mi memoria aquellos tristes días, aquellos sucesos que me hacen llorar cada vez que escucho la canción "Al alba".

Una carta en castellano enviada por un desconocido me comunica que en una humilde barriada de la ciudad de Tiduf ha muerto mi amigo Junaid.

Al principio y como no conozco a ningun Junaid pensé que se trataba de una equivocación pero algunos detalles de la



carta me hicieron investigar más, y, finalmente, cuando he comprendido que se trata de mi amigo Jaime, me he puesto en camino hacia Tiduf.

Llegué a Tidouf y aun no me explico como han dado conmigo ni como ha terminado mi amigo Jaime muriendo en esa ciudad de Argelia.

Me cuentan sus compañeros que resultó herido en un enfrentamiento con la policía marroquí, y que aunque lograron evacuarlo a Argelia, sus heridas eran tan graves que finalmente murió, y como había dejado dicho que, si moría, me avisaran a mi, me localizaron a través de la asociación para la que trabajo y así me veo con la triste misión de comunicar a sus familiares que ha muerto y de repatriar su cadáver.

Yo ni siquiera sabía que militaba en el Frente Polisario.

Terminaba así el cuaderno de Lisy dejando a Charlotte aún más intrigada que cuando comenzó a leerlo.

Como en su espíritu libre no tenían cabida ni el disimulo ni la doblez, abordó directamente a Lisy confesándole su conocimiento del cuaderno y la nueva curiosidad que le había suscitado.

A su vez Lisy le confesó que el olvido del cuaderno no había sido por descuido, sino voluntario para que pudiera conocer cosas de su vida de las que, aún después de tanto tiempo, le costaba trabajo hablar... Había perdido tantos amigos... Había contemplado tanto dolor...

Y abrazadas las dos frente al fuego de la chimenea se dispuso a satisfacer su curiosidad contándole lo que no estaba en el cuaderno.

...Tras la muerte de Jaime caí en una gran depresión, tanta sangre derramada, tantas vidas sacrificadas en la búsqueda de un mundo mejor, tanto sufrimiento humano, infligido por humanos, se me antojaba imposible de erradicar. ¿Conoces el mito de Sísifo? ¿El mortal condenado por los dioses a cargar un peñasco hasta la cima de una montaña y que cuando estaba a punto de conseguirlo el peñasco rodaba cuesta abajo y

el pobre Sísifo tenía que recomenzar de nuevo? Pues eso sentía yo, que así habían sido todos nuestros esfuerzos. Inútiles en busca de una utopía que se desmoronaba víctima de un sistema perverso, alimentado por seres humanos que en su avaricia y su lucha por el poder habían perdido las características de humanos.

Si me quedaba alguna duda, ésta se disipó cuando en uno de mis viajes a Frankfurt vi la enorme estatua del euro en la Plaza de Willy-Brandt. Definitivamente la humanidad adora al becerro de oro. Solo un cataclismo puede cambiar esto.

Me sentí incapaz de retomar mi actividad en contacto con la humanidad sufriente y busqué un trabajo burocrático que me mantuviera alejada de las duras realidades que había visto y vivido. Conseguí un trabajo de auxiliar administrativo en una empresa de suministros de materiales diversos y allí comencé a vegetar, cada vez más ajena al mundo que me rodeaba, sintiéndome fuera de lugar en todas partes.

Por casualidad tuve conocimiento de la expedición que se preparaba y un último atisbo de esperanza me llevó a intentar participar y, aunque dudaba de que me admitieran, lo hicieron. Luego supe que habían tenido problemas para conseguir voluntarios y completar la tripulación.

En la chimenea solo quedaban unas brasas. Las dos mujeres se habían aproximado más para darse calor.

Charlotte preguntó: –¿Sigues sintiéndote fuera de lugar?

–No –respondió Lisy–, ya no.

–¿Entonces has encontrado tu lugar en Olympe de Gouges?

–No, en Olympe de Gouges no. En tu abrazo.



ACERCA DE LA AUTORA

CATALINA BORNEMANN, Nació en 1949 en Churriana Málaga.

Licenciada en psicología por la Universidad Complutense de Madrid, ha desarrollado múltiples trabajos: Limpiadora, auxiliar de clínica, auxiliar psiquiátrica, camarera, profesora de castellano, psicoterapeuta, orientadora en educación infantil y, por último, está felizmente jubilada, aunque no inactiva.

En la actualidad participa en GAIAL, un grupo de lucha contra el acoso laboral.